

La Esfera

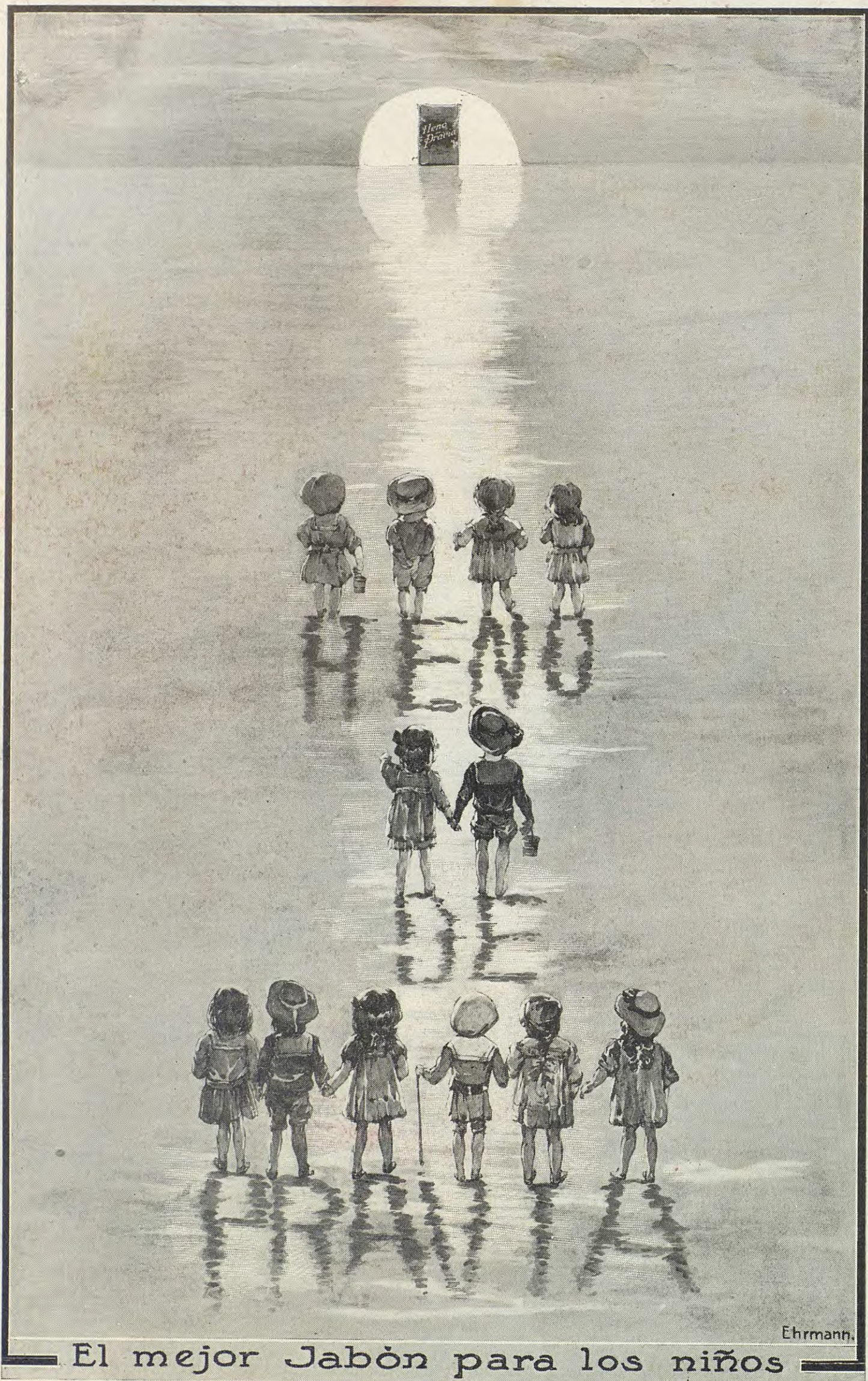


Año I * Núm. 26

Precio: 50 cénts.



BACO, por Andrés Barceló



Ehrmann.

El mejor Jabón para los niños

Año I

27 de Junio de 1914

Núm. 26

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. M. el Rey Don Alfonso XIII con su augusto hijo, el infantito D. Juan, cuyo primer aniversario se celebró el día 20 del actual

Fotografía obtenida el mismo día 20 por el Gabinete Fotográfico de la Academia de Artillería

DE LA VIDA QUE PASA



Inauguración de la Escuela del Bosque establecida en Barcelona, en el Parque de Montjuich

FOT. BALLELL

ESCUELAS Y JARDINES

ENCUENTRO la noticia en un telegrama de tres líneas: «Barcelona, 15.—Se ha inaugurado la primera Escuela-bosque, emplazada en un frondoso parque, lleno de arbolado y muchos jardines.»—A poco texto más allá, en este mismo periódico, leo que el Doctor Tolosa Latour, médico y pedagogo y apóstol admirable, cuya fe inquebrantable lucha hace veinte años contra la indiferencia pública, ha enviado á las redacciones los acuerdos de la Asamblea Nacional de Protección á la Infancia, celebrada hace pocos días en Madrid, y luego, en la sección de sucesos de este mismo diario, veo escrito un título, que se repite casi todos los días: «*Cuidad de los niños!*»

No puede decirse, por estos tres hechos sencillos, que hayamos llegado á la plenitud de los tiempos; de unos tiempos que llegarán, en los que la mayor y más honda preocupación social será cuidar de los niños, educarlos, vigorizarlos, defenderlos y convertirlos en hombres mejores, más fuertes, más inteligentes, más audaces y bondadosos y felices que nosotros, los de las pasadas y la presente generación, hemos sido.

Pero, aunque estos tiempos no han llegado todavía, para España, al menos, es indudable que hay ya una corriente de opinión, intensa y organizada, que va esparciendo ideas nuevas sobre los deberes sociales respecto del niño. Los precursores en España de este movimiento infantilista deben estar satisfechos de su obra. La mejor estatua, el monumento más hermoso que pudiera levantarse en honor del cura Manjón, está en esa Escuela-bosque inaugurada en Barcelona. Porque antes de que Alemania creara sus *kindergarten*, sus escuelas-jardines y sus jardines para niños, y antes de que los Estados Unidos constituyeran su república infantil—un correccional donde los niños solos se gobiernan, se dirigen, se enseñan, trabajan y aprenden—, el cura Manjón, sin dineros, sin protección oficial, sólo con fe y caridad, organizó en Granada una escuela para gitanillos desamparados, que era jardín y bosque y correccional y república, en una pieza, y que quedará como alto ejemplo en la historia de la Pedagogía.

Lo más importante de este movimiento, iniciado en España, es su continuidad, y ello sólo despierta nuestra confianza en que más tarde ó más temprano, llegará á conquistar y dominar la conciencia pública. Porque, plantearse el problema del abandono de la chiquillería española, se ha planteado muchas veces; no es un hecho

ignorado que ahora salga á luz en los debates parlamentarios y en los artículos periodísticos, sino mal antiguo, reconocido y confesado infinitud de veces.

Un día llegó al Ministerio de Instrucción Pública un hombre joven y culto; catedrático y escritor: Amalio Jimeno. Desde aquella altura pudo apreciar, con hechos y con cifras, la inmensa vergüenza de la escuela española, y publicó una Memoria, en que el mal quedaba al descubierto, para que la nación entera quedase enterada. ¿Cómo pensar en escuelas-bosques; en escuelas-jardines; en escuelas-sanatorios; en escuelas especializadas para los niños que serán labradores, que serán obreros fabriles, que serán marineros ó pescadores; en escuelas para niños mentalmente anormales, en colonias escolares, en cocinas escolares, en todos estos refinamientos de la Pedagogía moderna, si en España no existe, ni en las ciudades, ni en las aldeas, la escuela, sencillamente el local de la escuela, á la manera antigua, un salón siquiera, donde haya luz y aire suficiente para que los niños no enfermen? Y oficialmente, desde el despacho del ministro se confesaba, con la ira y la melancolía con que los enfermos crónicos hablan de su mal incurable, que en España, hay innumerables escuelas instaladas en entresuelos oscuros, donde forzosamente todos los niños han de sentir sus ojos, claros y serenos, enturbiados por la presbicia y hay escuelas establecidas en cuartos, en desvanes, en chiscones infectos y hasta en los alledaños de un cementerio.

Amalio Jimeno propuso un remedio fácil y sencillo. Como no había los treinta, ó cuarenta ó sesenta millones necesarios para construir escuelas en toda la Nación, porque España no tuvo nunca millones sino para los despilfarros vanidosos y las locuras bélicas, se iban á pedir las tales pesetas al Banco Hipotecario, quien, dentro de sus estatutos, guardaría la hipoteca de los edificios que se construyeran y cobraría, como en cualquier otro préstamo, con las anualidades que hoy pagan por alquileres el Estado y los Municipios, y con unas pesetas más que se incluyeran en los Presupuestos. Y eso no se hizo. Acaso no quiso el Banco Hipotecario ó acaso una crisis se llevó al Sr. Jimeno con su arbitrio, y de todo ello no quedó más que las amargas lamentaciones de la Memoria oficial. Es posible que este insigne médico y político, que ha gozado después los honores militares en el Ministerio de Marina, no piense en volver por Instrucción pública, que en nuestros ritualismos

políticos se considera Ministerio de entrada, cosa de poco más ó menos.

Por esto, precisamente, es más admirable la labor de ese grupo de hombres pacientes y tenaces, que predicán con palabras y con acciones la protección á la infancia, en la escuela, en el hogar y en la calle, y más digna de loa la labor de Ayuntamientos, como el de Barcelona, que mejoran la enseñanza primaria y llegan á esos grados superiores de cultura, representados por hechos como la creación de la escuela-bosque.

Por duros de corazón que la lucha cruel de la vida nos haya hecho, pensemos un momento en un hogar pobre. Allí hay un niño que no es responsable de vivir. La miseria fisiológica que sus padres contrajeron por escasa nutrición, por degeneración heredada, ya por alcoholismo, acaso está en sus huesos raquíticos, en sus carnes desmedradas, en su sangre viciada por los gérmenes de la tuberculosis ó la avariosis. En la tristeza de sus ojos, en la mueca amarga de sus labios hay una viva protesta contra el fatalismo que trajo este niño á este hogar, que puso esta alma de Dios, igual á la de los demás niños, en este montón de carne enferma. Este niño conocerá al lado de sus padres sólo las caras amenazadoras del hambre y del vicio, y este niño sabrá de la vida que es dolor y crueldad, y este niño morirá como una tierra fértil que el hombre no cultivara y dejara entregada á la cizaña y á los cardos espinosos. Es el futuro creador de nuevos seres miserables, y es el futuro delincuente, para el que la sociedad tendrá que pagar caramente policías y guardias, escribanos y jueces, magistrados y cancheros de presidio. Y al cabo, la sociedad tendrá que vestirle y darle de comer encerrado en un penal.

¡Cuánto más fácil y más barato arrancar á este niño de su hogar, instalarlo en una escuela-bosque, donde respire salud y cree fuerzas, reconstituir su organismo y educar su inteligencia, enseñarle un oficio, mostrarle que la vida es también alegría, y convertirlo en un generador de otros hombres fuertes y buenos y en un productor de riqueza para las generaciones que vendrán!

Si tú, lector, te crees bueno y piensas un minuto en esta tremenda injusticia social, que deja los niños entregados al azar de su nacimiento, ve en qué puedes cooperar á esa obra de Protección á la Infancia y habrás hecho por ti y por tu raza más que el general que gana una batalla.

DIONISIO PÉREZ

LA DANZA



Una lección de baile al aire libre en una escuela de danza, en Ginebra

El baile es la más alta expresión estética.—VALLE-INCLÁN.

La danza es un arte supremo: «una necesidad de la naturaleza» y una función indispensable de la vida. Practicada por todos los pueblos de la antigüedad, es un arte que entusiasma y emociona por la riqueza de sus actitudes y movimientos, formas desenvueltas y movidas, por sus ritmos, acción y gestos; arte imitativo primero, como todo arte, más tarde se sujeta a medida, se hace artístico, elegante y noble, hierático, clásico, histórico, popular y cortesano, rústico, castizo: entra por la vista y el oído a la vez, se ve y se siente su ritmo, y obra sobre el sentimiento de una manera semejante a la Escultura, de quien toma la figura como modelo, y a la Música pura por lo inconcreto é indefinido de sus asuntos, en forma de cuadros plásticos de carácter religioso, popular, guerrero, llegando hasta la pantomima, y enriquecido con difíciles pasos trenzados, agitados ó lánguidos: así las *bayaderas* de la India, las *almeas* de Egipto, las voluptuosas danzas de Oriente: Myrian, Salomé, Cleopatra, Belkis, Thais; las delicadas espirituales danzarinas de Tanagra, Pérgamo y Myrina, de palpitantes y convulsos anhelos, con las vibraciones de su carne en cuerpos de alabastro perfumados en las piscinas, graciosas y tumultuosas, con sus brazos de mármol, flexibles y ágiles sus gestos enigmáticos y sugestivos, sus movimientos perezosos, felinos, voluptuosos, que evocan con sus contorsiones, ritos paganos finalmente sensuales.

Así la divina danza de los siete velos de Salomé, la hija de Herodias, las danzas sagradas y profanas de la antigüedad, las de las cortesanas en Alejandría, las de las hetáiras en Grecia, las bacantes en Roma, con su pelo de ébano y sus trenzas que semejan serpientes, sus dientes de nácar, las gasas, los perfumes, los colores del iris, que ofrecen arrobamientos místicos, sumergidos en el ambiente enervante y misterioso de sus estancias adornadas de plantas aromáticas, raras y exquisitas, de vegetaciones misteriosas, impregnadas de penetrantes esencias de jazmines,

azucenas y resedas, mirra, incienso, flores deshojadas, crisantemos y flores de loto, divinas discípulas de aquel Cratón, maestro en Grecia de la coreografía.

El ritmo, la esbeltez, la elegancia, la gentil majestad y la belleza de las líneas y curvas del cuerpo desnudo, piernas, brazos, torsos, ondulaciones y perfiles, metamorfosis simbólicas y alegóricas de la tristeza, el placer, la alegría, la esperanza; las sonrisas lánguidas, el lindo pie desnudo, los ojos de fuego, la adorable y encantadora cabeza peinada a la griega, la garganta de cisne, conmueven con tal intensidad, que llegan a producir muchas veces agradables impresiones de arte, dulces sensaciones, melancólicos sentimientos y hasta pasiones violentas.

Algunas de estas danzarinas modernas como la Mata-Hari, la Tórtola Valencia, la Duncan, las rusas Anna Pavlova, Thamar Karsavina y María Kousnetzoff (esta última, eminente soprano), evocan unas con sus actitudes gallardas y expresiva mímica, las siluetas grabadas en los templos de Caldea, Siria y Egipto, vasos y frisos griegos; otras, toda la gracia femenina impregnada de coquetería, ligera é irónica expresando, de manera exquisita, todos los estados psicológicos, todos los matices del sentimiento en formas aéreas, en actitudes desmayadas, de desolación, de desesperación ó ya de desbordante alegría; cómicas, humorísticas, coquetonas, ingenuas é infantiles, angelicales ó demoníacas, intérpretes de teosofías y esoterismos, de poemas y leyendas populares, de símbolos y de mitos de edades remotas, gracias a la intuición de que es capaz el arte mágico y expresivo de la danza, «la poesía del cuerpo humano» — dice Richter — mezcla de voluptuosidad, refinamiento, nostalgia y melancolía «en que se funden todos los sentimientos humanos».

De este arte superior, el más antiguo, cronológicamente, entre los que practicó la humanidad, como expresión plástica de sus sentimientos, origen de la música y del arte dramático, se han intentado por ilustres artistas contemporáneos, laudables reconstituciones, depurándole de corrupciones de línea y de ritmo que un pseudo orientalismo llevara a él, desde hace años.



ANNA PAVLOVA
Célebre danzarina rusa

R. VILLAR

EL VERANEEO...

Los padres de familias que conllevan con decoro una vida social sin holguras económicas, ven aproximarse este período del año, con pavor. Lo de menos es la renovación del ropero que el ingenio femenino simplifica restaurando hábilmente prendas y adornos en desuso, ateniéndose á las más recientes pragmáticas de la moda. Los trapos, como los hombres políticos, se prestan á todos los arreglos con tal de lucir y triunfar y justo es reconocer que nadie sobrepuja la habilidad de la mujer en la dirección de esas transformaciones que hacen de un liberal un conservador y de una falda una blusa, sin que los extraños adviertan el secreto de tales mudanzas. Pero, no es el problema de la indumentaria, con ser harto considerable, el que inquieta al padre de familia, en cuanto apunta el calor estival. Aquel suele resolverse á francas ó

do siquiera. Luego añade:— ¡Bah! Un triste jefe de negociado...

—Tú, papá, has sido diputado provincial y gobernador civil—exclama otra de las hijas, sensible á las categorías sociales.—Eres amigo íntimo de Romanones y te tuteas con varios ex ministros...

—Sí; pero García tiene más dinero que yo... Se las busca en la oficina y en la calle con más suerte que yo... El otro día hizo un negocio de 8.000 pesetas en el canje de abonarés de Cuba—enuncia el otro para justificarse.

—Pues, hijo, su mujer y las niñas van por ahí que parecen vestidas por sus enemigos... La otra noche estaban en Lara hechas unos adefesios. Eso sí, con la falda muy ceñida y muy abierta á la *dernière*—insiste la madre, implacable...

—Y eso porque Antoñito García tiene un ami-

llo, que son dos predilecciones del jefe de la familia.

—Amparito está hecha un hilo... No sé qué vamos á hacer con esta criatura para que coma...

La niña aludida, consciente del alcance de aquellas palabras, finge aun mayor desgana para motivar siquiera la alarma maternal, pero, una mirada escrutadora del padre, tiñe de rubor sus mejillas.

—Esta niña lo que necesita es Moncloa, aire libre, paseos al pinar de Puerta de Hierro...—dice el padre, sentenciosamente.

Aquellas palabras siembran momentáneamente el desaliento en la tribu del ex gobernador. Todo el mundo calla, consternado.

—Pero ¿y tú?—pregunta la madre, exagerando la previsión conyugal por la salud del marido...—¿Es que no necesitas descanso, un poco de cam-



La primera playa del Sardinero, en Santander

FOT. ARAUNA

barrancas, de puertas adentro, en el hogar. Lo que trae caviloso al pobre hombre es el veraneo. Las niñas que fueron un año á una playa levantina ó del Cantábrico, con los recursos tasados, y tal vez hipotecando el porvenir en las manos inexorables del usurero, no se resignan ya á quedarse en Madrid. Quieren ir á Alicante, Santander ó Galicia. A incubar esa necesidad concurren dos causas poderosas cuando no irresistibles; la costumbre y el contagio social, la repetición de un hecho que dejó grato recuerdo y la sorda rivalidad que se establece, á despecho de todo, entre las familias que se frecuentan, por aparentar una posición que no se tiene y aun, si es posible, por humillarse las unas á las otras.

—¿Sabes, papá, que las de García van este año al Sardinero?—pregunta una muchacha en el curso de la comida, al autor de sus días y de sus noches. Al oír aquello, el hombre, trémulo, deja caer la cuchara ó el tenedor sobre el mantel. Ha entrevisto, con la sagacidad que engendra la experiencia, lo que hay de amenazador en aquellas palabras.

—García puede permitirse eso porque tiene medios—contesta el jefe de familia, sin hacerse la ilusión, claro está, de haber conjurado el peligro que se cierne sobre su cabeza.

—¿De cuándo acá es García más que tú?—pregunta la madre, picada en lo vivo por aquella supuesta superioridad que no había sospecha-

go meritorio en Lara que les da vales en días de poco público—añade otra de las niñas remachando el clavo...

—¡Jesús, Ave María! Las de García en el Sardinero—agrega la madre, ya seriamente irritada...—¡Ellas que no han estado nunca más que en Cercedilla!... Y eso porque alquilaron una casa con cuatro camas para diez personas en sesenta duros la temporada...

—¡Cómo se van á poner el cuerpo de bailoteo!—se cree en el caso de decir el varón de la prole, un bigardón sin oficio ni beneficio, que se ha preparado para tres carreras sin lograr salir adelante...

—¡Ellas, que no han estado más que en las fiestas del Centro de Hijos de Madrid! ¡Poco pisto que se van á dar allí bailando el tango argentino!—dice por su cuenta otra de las hijas...

—¡Ni que se fuesen á Ostende! ¡Qué barbaridad!—se permite comentar el padre. Luego añade:—Pero, hijas mías, si el Sardinero está ahí, á ocho horas de Madrid...

Sobreviene un silencio activo, que enardece la imaginación de los presentes. Todos los pensamientos confluyen, sin embargo, á una interrogación que nadie osa formular, temeroso de la evasiva paternal. Por fin, la madre, más intrépida, se atreve á decir, antes de que la criada haya servido el postre, compuesto del inevitable queso de Villalón y el acreditado dulce de membr-

po, unos días de playa? Ya no recuerdas lo bien que te sentaron aquellos veinte días de Gijón... Viniste nuevo...

—Mamá tiene razón. Es preciso que te cuides, papá; que descanses—añade una de las niñas con un mohín de ternura—. No todo ha de ser trabajar... y trabajar... Dí, papá; tú que eres amigo de Romanones ¿por qué no le pides unos billetes de ferrocarril? A los hombres políticos no les niegan nada... Para algo has sido tú gobernador...

—Vamos á ver, hija mía; tú ¿qué crees que es un ex gobernador?—pregunta el padre, único sér asequible al buen sentido en aquella casa—. Pues, un ex gobernador, es un trasto de deshecho...

La familia no se da á partido. El saber, sobre todo, que las de García van aquel año al Sardinero, encona la vanidad de aquella gente y moviliza á todos los miembros de la familia para una conspiración contra el padre. Este, al fin, se rinde. Busca dinero, lo pide, se compromete para lo futuro en un préstamo usurario, hace lo que sea preciso para reunir el caudal que se invertirá en trapos, trenes y fonda. Así aquel año no podrán envanecerse solamente las de García de haber estado en el Sardinero. También han ido allá las de Gómez, el ex gobernador de provincia, el cual, de seguro, no volverá este año de la excursión como nuevo...

MANUEL BUENO

~ DOS VICTORIAS FEMINISTAS ~



MLLE. L. ZANTA
Que acaba de recibir el grado de doctora en la Sorbona de París

de la Academia sueca. La ilustre Corporación, constituida por diez y ocho *inmortales*, fué fundada por Gustavo III, sobre el modelo de la Academia Francesa. Pero diferenciando su criterio del que impera en Francia y en nuestra Academia de la Lengua, criterio que sigue manteniendo un veto absurdo al ingreso de la ilustre condesa de Pardo Bazán, ha estimado que, el espíritu de sus Estatutos, no se oponía á que admitiese en su seno á una mujer insigne, ya señalada á la universal atención por su conquista del premio Nobel, en literatura, en 1909.

Ciertamente, Selma Lagerloef, ocupa en su país un puesto de honor enteramente excepcional. Parece como que haya venido á ser el *Palladium*, la sagrada Minerva de marfil, que irradiaba sabiduría y gracia femenina sobre la Acrópolis ateniense. En sus novelas, en sus cuentos, en sus poesías, llenas de apacible lirismo, de sensibilidad profunda, de intenso amor á la Naturaleza, de un ideal noble de justicia y de pureza, encarna los mejores dones de su raza. Y sintiendo como mujer, ha puesto sobre esos dones el manto fastuoso de su fantasía, una fantasía coloreada y jugosa, y sobre la totalidad de su obra algo tan confortador y luminoso como una sonrisa maternal. Mas, para qué continuar; cuantas bellas palabras pudieran decirse de la preclara

El mundo feminista acaba de obtener dos grandes triunfos. Uno de ellos, el más resonante, lo logró la ilustre literata sueca Selma Lagerloef, sobre la que recayera, hace pocos años, el premio Nobel: otro fué conquistado por mademoiselle Zanta, espiritual parisiense, cuya notoriedad en el mundo de la ciencia data de muy poco tiempo.

Selma Lagerloef acaba de ser elegida miembro de la Academia sueca. La ilustre Corporación, constituida por diez y ocho *inmortales*, fué fundada por Gustavo III, sobre el modelo de la Academia Francesa. Pero diferenciando su criterio del que impera en Francia y en nuestra Academia de la Lengua, criterio que sigue manteniendo un veto absurdo al ingreso de la ilustre condesa de Pardo Bazán, ha estimado que, el espíritu de sus Estatutos, no se oponía á que admitiese en su seno á una mujer insigne, ya señalada á la universal atención por su conquista del premio Nobel, en literatura, en 1909.

novelista sueca, habrían de antojarse insuficientes á los que aman sus libros; excesivos á los que sólo saben de ellos por alguna traducción de á tanto la línea.

Selma Lagerloef sobresale en el género llamado vulgarmente novelesco. Puede afirmarse que ha renovado y ampliado, el viejo molde de la novela, con la más espléndida ingenuidad y con esa heroica fuerza que palpita en los relatos semidivinos de la Odisea y de la Eneida. De ahí que pudiera tenerse á Selma Lagerloef por hermana de Homero y del dulce Virgilio. En sus novelas vibra entera el alma popular escandinava, el alma sueca, heredera de los rudos *vikings* y de los *bersekers*, henchida de *sagas*, de leyendas, de cuentos maravillosos y de fantásticas aventuras. En *Gosta Berling* toma forma corpórea esa psiquis en el héroe popular de hazañas sobrehumanas y de espíritu profundamente religioso, casi místico, férreo, en el cumplimiento del deber, silencioso é inexorable como el destino. Y allí pululan esos recios caracteres de aldeanos de la Dalecarlia, arrancados á sus montañas abruptas y empujados hacia tierras extrañas por el vendaval de la locura religiosa, como antes lo fueron sus antepasados por el frenesí guerrero, perseguidores de lo ignoto, de lo heroico y de lo que impone sacrificio. Y esa misma psiquis vibra en *Jerusalén*, en *Dalecarlia* y *Jerusalén en Tierra Santa*, en *El viaje maravilloso de Nils Hogelsorn á través de Suecia*, en donde el protagonista, convertido en trasto que recorre sobre las nubes el país sueco en compañía de unas ocas bravas, entrega al lector el alma del natal terruño, emanada de sus lagos, de sus brezos, de sus bosques de pinos y abetos, poblados de leyendas, y en los que las bestezuelas charlolean, viven y se mueven con el *humour* y la gracia más seductoras y con la profunda sabiduría del instinto infalible.

En toda una muda concepción optimista de la vida, la que vemos latir en la obra de Selma Lagerloef; optimista, porque es valiente y desinteresada, porque la mirada atenta sabe descubrir, á través de las punzadoras espinas, las flores maravillosas del espíritu.

«Puede llamarse feliz—escribe Selma Lagerloef en uno de sus libros—quien, llegado á la edad madura, se dice que realizó los ensueños de su juventud.»

Y he ahí cómo, la en un tiempo modesta institutriz, educada en un oscuro lugarón de la lejana provincia de Vermland, viene á formar parte de

uno de los más ilustres areópagos literarios del mundo. Selma Lagerloef podrá decirse, á justo título, que su vida ha sido bien fecunda. Mas, es seguro que, su goce más intenso, lo engendrará la conciencia de que su obra es benéfica, porque ella ha tendido entera á servir, glorificar y educar al pueblo sueco.

La otra victoria feminista ha sido, como decimos al comienzo de estas líneas, lograda por la bellísima parisiense Mlle. Zanta, quien, el 19 de Mayo último, y ante un auditorio compuesto de los hombres más eminentes de París, conquistó en la Sorbona el doctorado en filosofía, disertando sobre el severo tema «El renacimiento del estoicismo en el siglo XVI». Fué un espectáculo conmovedor el de esta consagración oficial de un talento hasta ahora obscurecido que, lejos de malgastarse en la vulgaridad de una vida de muchacha parisiense, dedicó al estudio y á la meditación sus mejores horas de juventud.

Ella ha dado cuenta de sus impresiones del doctorado en un peregrino artículo de *Vie Heureuse*, que cierra así, describiendo su salida del anfiteatro universitario:

«Cuando pisé el anchuroso patio de la Sorbona, mi depresión nerviosa había desaparecido. Un sol radiante me saludaba; todo parecía sonreír; el gran cuadrante de oro refulgía; la vieja iglesia, cuya escalinata guarda severamente Víctor Hugo, se engalanaba con un aire de fiesta. La vida radiante, plena de esperanzas, cantaba en torno mío, y la mujer filósofo de un momento antes, sin parar mientes en su negro y pesado birrete doctoral, hubiera de buen grado dicho á todos la alegría de vivir tras el esfuerzo cumplido y tan magníficamente recompensado.»

A. READER



MME. SELMA
Académica sueca, á quien se ha concedido el premio Nobel

~ CORAZÓN DESTERRADO ~

PAZ

Sonada paz... ¡Oh, místico consuelo para tanta inquietud y tanta guerra! ¿Qué impenetrable y misterioso velo los paraísos de tu amor encierra, que inútilmente te buscó mi anhelo, y aun por buscarte, en vano sangra y erra?... ¡Mis ojos no te hallaron en la tierra ni mi esperanza te encontró en el cielo!... ¿Dónde te esconde mi destino?... ¿Dónde?... Y á los clamores de mi afán responde una voz que es al par suave y triste, que impregna al alma de inmortal esencia: —¡La paz que buscas, corazón, si existe, sólo puedes hallarla en tu conciencia!

ANCESTRAL

Yo he visto en algún lienzo, no sé cuándo ni dónde, á un noble caballero moro y á un hidalgo cristiano, batallando, bajo un diluvio torrencial de oro. E imparable el combate presenciando, á la sombra de un verde sicomoro, un sátiro jovial, está ensayando en su siringa un cántico sonoro. Mientras la Cruz contra la Media Luna combate, la inmortal Naturaleza burlándose de todo fanatismo,

en su tosca siringa entona una melodiosa canción á la Belleza... Podéis mirar el cuadro: ¡Soy yo mismo!

PÁGINA GRIS

¡Este gris de la lluvia se me entra por las pupilas, y en lo más profundo del corazón, parece que concentra todo el fastidio que envenena al mundo! ¡Ni esperanza de luz mi vista encuentra!... ¡Con el gris de los cielos me confundo; y la vida, del pecho se descentra en un vago estertor de moribundo!... —¡Surge, ¡oh, viento!, y arrastra en tu carrera á este gris que amenaza amortajarnos... ¡Recuerdo, el velo del dolor levanta, y déjame, á lo menos, ver siquiera aquel rayo de sol, que al separarnos, nimbó de oro su perfil de santa!

LLUVIA EN LA SOLEDAD

¡Tristeza de la gris tarde lluviosa sin ojos de mujer!... En lo más santo del alma ¡cómo siento la angustiosa humedad disolvente de tu llanto,

que se filtra y resbala silenciosa, mientras se pudre el corazón de espanto, como por las rendijas de una fosa olvidada en un viejo camposanto!...

Al sentirte llorar, tarde sombría, en lágrimas se ahoga el alma mía... Y parece que todo cuanto existe también está llorando, cual si entera la vida universal se disolviera en un llanto inmortal, muy lento y triste!

ENTRE TUS MANOS DE SEDA

¡Todos sus entusiasmos fueron vanos!... Y á ti vuelas á buscar paz y guarida lo único que dejaron los milanos del gran ensueño alado de mi vida! Viene de recorrer mundos lejanos... Es un recuerdo agonizante... ¡Cuida tu corazón entre tus santas manos como si fuese una paloma herida! De aquel alado y orgulloso ensueño que el mundo halló para su afán pequeño, ahora, rotas las alas, sólo queda un palpitante corazón herido que, entre tus manos de fragancia y seda, se muere como un pájaro en su nido!...

FRANCISCO VILLAESPESA

CHIQUITA Y BONITA

Monólogo estrenado en el Teatro del Duque,

de Sevilla, el 2 de Mayo de 1914

A Amalia de Isaura, encantadora musa de lo pequeño, sus más fervorosos admiradores,

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO



Salta modesta, limpia y bien arreglada, en casa de los padres de Antoñita, en Sevilla. Es de día.

(ANTOÑITA VIENE DE LA CALLE ACONGOJADA. ES UNA MOCITA LINDÍSIMA, A QUIEN AMARGA LA EXISTENCIA SU POCA ESTATURA.)

ANTOÑITA. — (*Dirigiéndose desde la puerta de la habitación a la autora de sus días, que no sale.*) Déjeme usté, madre; déjeme usté. ¡Zi es que quiero está zola; zi no quiero vé gente; zi quiero morir-me esta tarde, antes que den laz ánimas!... Déjeme usté, déjeme usté... (*Sin quitarse el mantoncillo negro que trae puesto, se sienta con abandono en una silla y gimotea en silencio unos instantes. Luego sigue hablando consigo misma.*) ¡Ay! ¡Pobrecita de mí! ¡Pobre Antoñita Valenzuela, que ez el hazmerref de to er mundo en Zeviya! Dice mi madre que zoy tonta. Zí, zí, tonta. ¡A la más lista le doy yo lo que á mí me zuce! ¡Es mucha penzión! Me voy á encerrrá en un convento. A la caye no zargo más, ni de noche. ¡O le escribo un pliego ar gobernadó pa que prohiba meterze con las mujeres! Yo azi no me queo. Y cuidao que á mí me gusta que me digan cozas, ziempre que zean decentes; ¡pero en cuanto me dicen argo de la estatura ya estoy de mal humó! Y hoy paece que tos los zeviyanos ze han puesto de acuerdo. ¡Lo menos han zío ziete los



que ze han metfo con mi taya! ¡Hay que vé! ¡Ziete! Lo menos ziete. ¿Qué curpa tengo yo de zé tan chica? (*Lloriqueando.*) ¿Pos no me acaba de preguntá un mal ange que zi duermo en la funda de unas gafas? ¡Qué gracioso! ¡Azi ze tenga é que zembrá de lentes las narices pa encontrá un garbanzo que yegarze á la boca! ¡Pobre Antoñita Valenzuela! (*Saca un pañolito muy chiquitín para enjugarse una lagrimilla.*) Miste qué pañolitos tengo que uzá. Obligá na más que por mi tamaño. Antes los uzaba corrientes, como toas las mocitas. Hasta que me preguntó otro gracioso zi me acostaba en los pañuelos y me zonaba con las zábanas. ¡Pa matarlo! Me pongo nervioza, me vuelo con er dichozo tema. ¿Acazo zé chica es un deferto, zeñó? ¿Quién lo ha inventao? (*Suelta con vehemencia el mantoncillo.*) Yo zoy chica, zí. Bueno; zoy chica. ¿Y qué? ¿Me farta á mí argo? ¿Es que me acabo en las rodiyas por casualidá? ¡No, zeñó; que remato en los pies como toas las mujeres! (*Patalea con gracia.*) ¡Pos entonces! ¿Qué tienen las demás que no tenga yo? ¡A vé! Zon ganas de meterze con una. ¡Vaya! Y aunque me yamen vanioza: más prefiero zé como zoy que tené la estatura de la vecina de ahí enfrente, que es una fragata. ¡Tiende las medias en la azotea, laz hincha el aire y paecen nazarenos! ¿Dónde ze va á poné una

mujé tan grande con una mujé chiquitita? ¿Dónde va á compararse una naranja mandarina con una calabaza roteña? Pero ze zufre mucho. Yo he yegao hasta a tené cuestiones. Un día, en una fiesta, un borracho de ezos *canzinos* la tomó conmigo y to ze le vorvía repetirme: «¡Ay, niña, lástima y no tenga usté cuatro deos más!» ¡Y dale! Y «¡qué pena que no tenga usté cuatro deos más!» ¡Y vuelta! Y me lo repitió veinte veces, y á la veintiuna, der guantazo que le zorté ze le quitó la borrachera. Y le dije, digo: «¡Pa que vea usté cómo no neceesito cuatro deos más, que con estos cinco tengo bastante!» Ze zufre, ze zufre. Lo que más me enrabia zon las cozas que tocan ar corazón. Yo me enamoré ciega de un hombre y ér de mí, y no pudimos arreglarnos. Es verdá que ayí ze juntaron mi farta y la zuya. El es el hom-

la *nunca* y á é los riñones. Con que en esto ze le antoja pedirme una roza que yevaba yo clavá en er pelo. Le digo que zí, y me pide entonces que ze la ponga con mi mano en el ojá de la chaqueta. ¡Y ze tuvo que zentá en una zanja!... Principiaron á reirze los chiquiyos, y luego mi madre, y después er guarda, y los cocheros y hasta yo... y ayí acabaron las relaciones. Aqueyo era imposible. Pero es lo que yo pienzo: no por zé yo chica, zino por zé demaziao largo é. Ze zufre, ze zufre. ¡Vaya zi ze zufre! Y zin embargo, á mí no me convence nadie de que zé chica es una farta. Una zobra no es, pero una farta no es tampoco. Hasta en coplas está. Yo en cuanto oigo una copla ponderando á las chicas me queo con eya en la memoria. Y ya no ze me orvía nunca. Antes ze me orvía er nombre que tengo. Miste que aqueya dze...

viva ya, ni en esta ni en ninguna. ¡Eza copla me la enzeñó mi abuela á mí pa conzolarme!... ¡Mi abuela, que me yegaba á la cintura! Paecía una escoba. ¡Bueno; pos tuvo doce hijos! ¡Y de dos en dos! «Pa toíto es apañá», como dijo el otro.

*Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero:
pareces campaniyita
hecha en caza der platero.*

¡También me la enzeñó mi abuela! ¡Totá: que las chicas les gustamos á muchoz hombres! ¡Y á muchoz hombres que zacan verzos como los poetás! ¿Y hablaba yo de encerrarme en un convento? ¿De meterme en caza? ¡Ezo quizeran más de tres larguiruchas! No, no, Antoñita, no: ¡já la caye ahora mismo! (*Poniéndose el mantoncillo entusiasmada.*) ¡A la caye! ¡Acompañá ó



FOTS. ALFONSO

bre más largo que yo me he echao á la cara; duerme enroscao, como los *calentitos*. Cuando hay luminarias en los barcones las apaga zoplando. Está en telégrafos, y arregla los alambres zubío en una ziya. ¿Por qué pazará que tos estos gigantes ze *pirran* por las arveyanas como yo? Bueno, pos nos citamos en la Alamea pa hablá de lo nuestro, y fué un pazo. Nunca nos habíamos visto cara á cara. Er ze ponía... (*Inclinándose como para hablar con alguien que levantara una cuarta del suelo.*) «Misté, Antoñita, me gusta usté desde que la conozco...» Y yo... (*Elevando la cabeza como si se dirigiera á quien estuviese en la copa de un árbol.*) «Miste, Rafaé, usté también á mí me es mu zimpático...» (*En esta forma, repitiendo estos movimientos, finge un dialogo con Rafael.*) Y é: «Me corma usté las medias, Antoñita.» Y yo: «No digo más que lo que ziento, Rafaé.» «Gracias, Antoñita. Es usté un capuyito de oló que me tiene á mí dislocao.» «¡Ay, Rafaé, y usté es la persona más amable der mundo!» «¿Qué zerá que esto de la zimpatía?...» «¿Qué zerá?» «¿Quié usté escucharme un zecretito?...» «¿Cómo ha dicho usté?» «¿Le molesta á usté el «humo»? «Er de las chimeneas, no, zeñó.» Y azí zeguimos media hora. A mí ya me dolía

*La mujé chiquitita
es un regalo:
más vale poco y bueno
que mucho y malo.*

¡Qué talento tenía er que la zacó! ¡Pos anda, que el otro que dijo:

*El hombre chico no ez hombre,
que es medio hombre na más;
y la mujé chiquitita
pa toíto es apañá...*

¡Vaya un zabio zabiendo!... «Pa toíto es apañá.» Hay que fijarze. Como que rezurta una hasta más barata. Con una camisa de la vecina de ahí enfrente me hago yo una docena. Y todavía me zobra tela pa unos pañolitos. Ze empiezan á recordá coplas y no ze acaba nunca.

*Mientras la roza más chica
más fino tiene el oló:
por ezo estoy yo queriendo
á una chiquitita fló.*

¡Bendita zea la madre der que dijo ezo! ¡Eche usté zentimiento fino! ¿Por qué no vivirá eze poeta en esta caye? Aunque ez imposible que

zola! ¿Es acazo que no ze me ve? ¡A vé zi entre tanto ezaborío como me echa en cara er famaño que tengo, me tropiezo con uno de ezos de me las coplas, que ze me pone elante y cierra er pazo y me dice con toa su arma:

*La pimienta es chica y pica
y zazona los guizaos:
¡tú eres chiquita y me tienes
er cuerpo dezazonao!*

Que como me lo diga, yo juro en cruz que vi á contestarle:

Gasto dos tercias de farda,
y una tercia de tacón;
¡pero tengo un corazón
más grande que la Girarda!

¡A la caye zin perdé un minuto!
(*Se marcha triunfadora, dispuesta á causar una revolución en Sevilla.*)

FIN.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

Sevilla, Abril 1911.

LA VIDA EN LAS CALLES DE LONDRES



UNO DE LOS NUEVOS ÓMNIBUS AUTOMÓVILES, ILUMINADOS CON LUZ ELÉCTRICA, QUE HAN SIDO PUESTOS EN SERVICIO, Y QUE CONSTITUYEN LA NOTA CALLEJERA SALIENTE EN LA ACTUAL "SEASON"

ARTE EXTRANJERO



"Las Oraciones", cuadro de E. Maxence, por el que ha obtenido este ilustre pintor francés la Medalla de Honor de la última Exposición

EDGARDO Maxence ha obtenido la Medalla de Honor en el Salón de Artistas Franceses con su cuadro *Las Oraciones*.

Como en *Le Livre de paix* que presentara en el Salón de 1913, Maxence ha reflejado en este cuadro toda la serena é ingénua fe cristiana medioeval, simbolizándola en dos mujeres orando.

La misma serenidad y reposo hay en toda la obra pictórica de este artista, que sin apresuramientos, sin impacencias, sin adulaciones, al medio ambiente, ha sabido llegar hasta el triunfo definitivo.

Sus cuadros—aun no siendo de estos últimos de asuntos semejantes que pinta ahora—dan una sensación aquietadora del espíritu y de la vista por la plena y armónica fusión de todos los equilibrios: lineal, colorista, ideológico.

No es frecuente en la pintura francesa el caso de Edgardo Maxence. Por eso es más admirable su triunfo, porque resulta la victoria de una estética, un poco desdeñada incluso por los prerevolucionarios, anteriores á los exhibicionistas del último momento.

Porque estos exhibicionistas no se limitan á desde-



EDGARDO MAXENCE

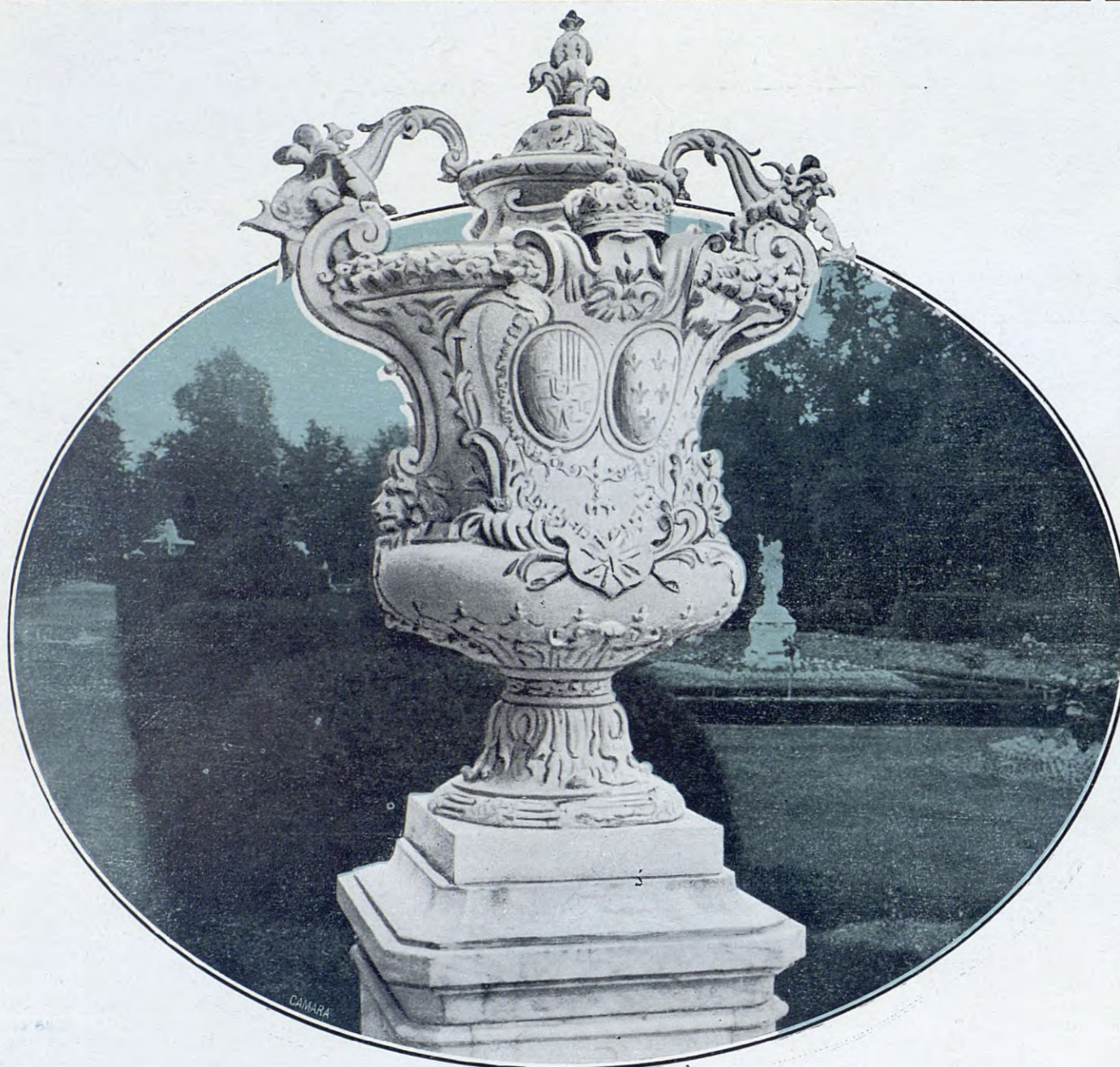
ñar. Se han indignado contra el hombre melancólico, de una melancolía sin amargura ni rencores, cuyo rostro, barbas largas, calva enorme, ojos claros y zahoríes, tiene idéntico aspecto de monje pintor de la Edad Media, que adivinamos en su espíritu y resplandece en sus cuadros.

¡Dos mujeres orando! Seguramente, en estos tiempos en que la fe religiosa merma bajo el vendaval del arrollador escepticismo, apenas si se comprende un artista que, incendiado del fervor del creyente, y tomando por asunto de un cuadro esa tierna escena de dos vírgenes en plegaria, entre la misteriosa penumbra de un templo austero, vierta en la obra su inspiración. Y, sin embargo, ese artista existe, y en ese admirable cuadro, que fué el *clou* del salón de 1913, y que nos dio la consagración de un talento vigoroso, tuvo el arte moderno una de sus más legítimas joyas.

La honrosa distinción que acaba de conseguir Edgardo Maxence, pone su nombre al lado de los de otros grandes artistas que sostienen el prestigio estético de Francia: Carolus Durán, Augusto Rodin, Alberto Besnard, Lucien Simon.



RESIDENCIAS REALES DE ESPAÑA



LOS JARDINES DE LA GRANJA



Jarrón de mármol

ENTRE las residencias reales de España, ninguna puede rivalizar en belleza ni en poderoso encanto, como estas mágicas frondas de La Granja, surgidas de la tierra áspera y hostil de Castilla como al poderoso conjuro de un taumaturgo oriental, por la voluntad de un rey artista. La amenidad y frescura del sitio ya fueron gustadas por los monarcas anteriores al primero de los Borbones. Conocíanlo con el nombre de Valsain, plácido valle situado a media legua de La Granja, propiedad entonces de los monjes de San Jerónimo, y allí pasaban los rigores de la estación estival, consagrados a la caza, muy abundante en aquellos bosques de abetos.

Al llegar al trono Felipe V, enamorado de la situación de La Granja, quiso ensayar en ella una imitación de Versalles, en cuyas umbrías se deslizaban sus años de adolescencia, intentando crear como oposición al austero monumento de los Austrias, erigido en El Escorial a la penitencia y a la muerte, un delicioso vergel, propicio al bello vivir entre rosas, músicas, aromas y cantar de ruiseñores; finalidad quizá demasiado sensual y mundana, pero que es bien explicable cuando se recuerda el ambiente que rodeaba la juventud del príncipe francés llamado a reinar en España. Adquirida la propiedad en 1719 dióse comienzo a la construcción del palacio y de los jardines, transformáronse en fuentes y rias los arroyos, alzáronse tazas y fundiéronse estatuas, bajo la dirección personal del rey, aposentado en el cercano Valsain. Artistas como Fermin, Thierry, Dumandré y Pitué, sembraban los maravillosos jardines de hermosas esculturas, mientras los italianos Procaccini y Sani completaban el ornato del palacio, y Jubarra, autor de la traza del de Madrid, delineaba sobre el mismo emplazamiento, la fachada de los jardines, puesta en ejecución por Sachetti. Al morir Felipe V en 1746, dejaba casi terminada su obra, que se encargó de completar la reina viuda Isabel de Farnesio.

Ocupándose de estos jardines, dice D. Vicente de la Fuente: «Es esta



Jarrón de mármol

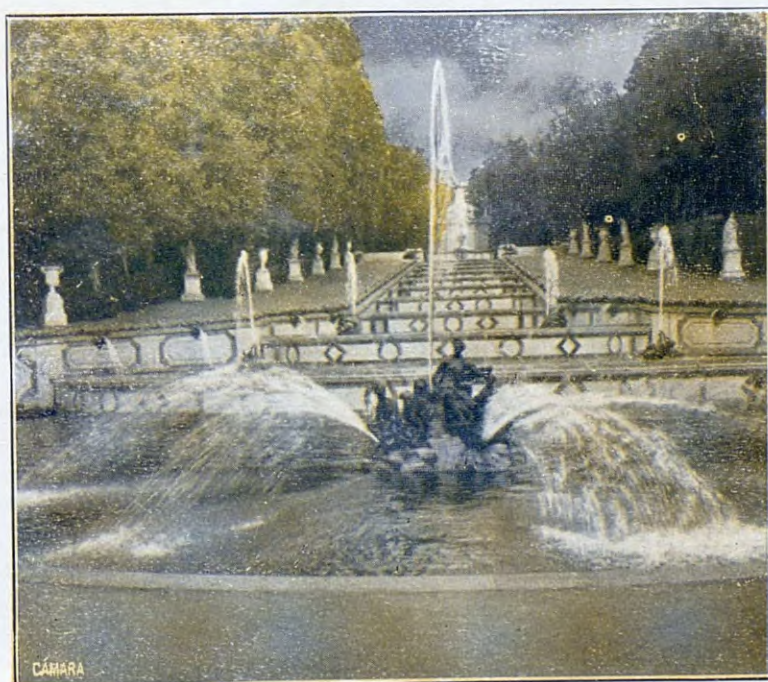


Vista de uno de los hermosos paseos de los jardines reales de la Granja

la principal magnificencia de la Granja. Si en algún sitio parecen bien las representaciones mitológicas, es ciertamente á la sombra de las alamedas, al son bullicioso de las frondas; lo blando y voluptuoso de las impresiones, encadenando por todos lados los sentidos, no permite á

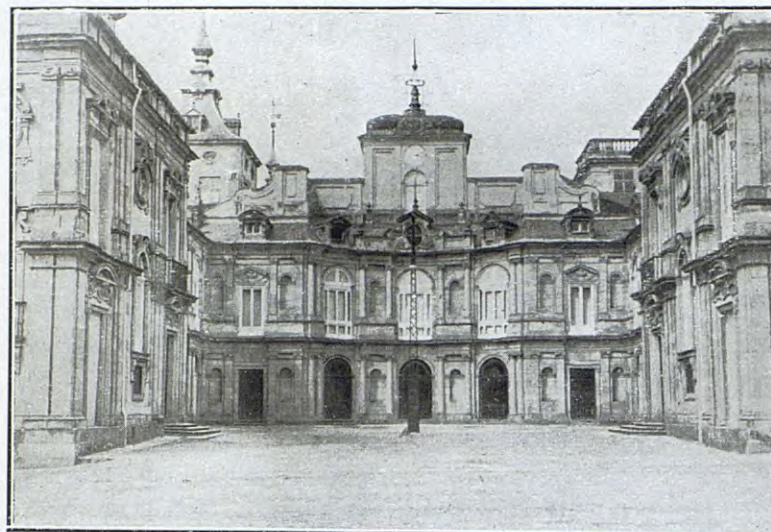
la fantasía levantarse á mucha altura del suelo, y evoca, con atracción irresistible, aquellas imágenes risueñas de dríadas y silvanos, aquellas innumerables fábulas de ninfas y semidioses, que pueblan de mil encantos las faldas del Olimpo griego. Así, un mundo de estatuas vivifica

aquel vasto recinto de verdor, asómase á sus prolongadas calles, se oculta en sus enramadas misteriosas, y al través de la espesura de las hojas y en torno de las tazas de las fuentes ostenta sus bellas formas y sus gallardas actitudes.»



Detalles de dos fuentes de los jardines de la Granja

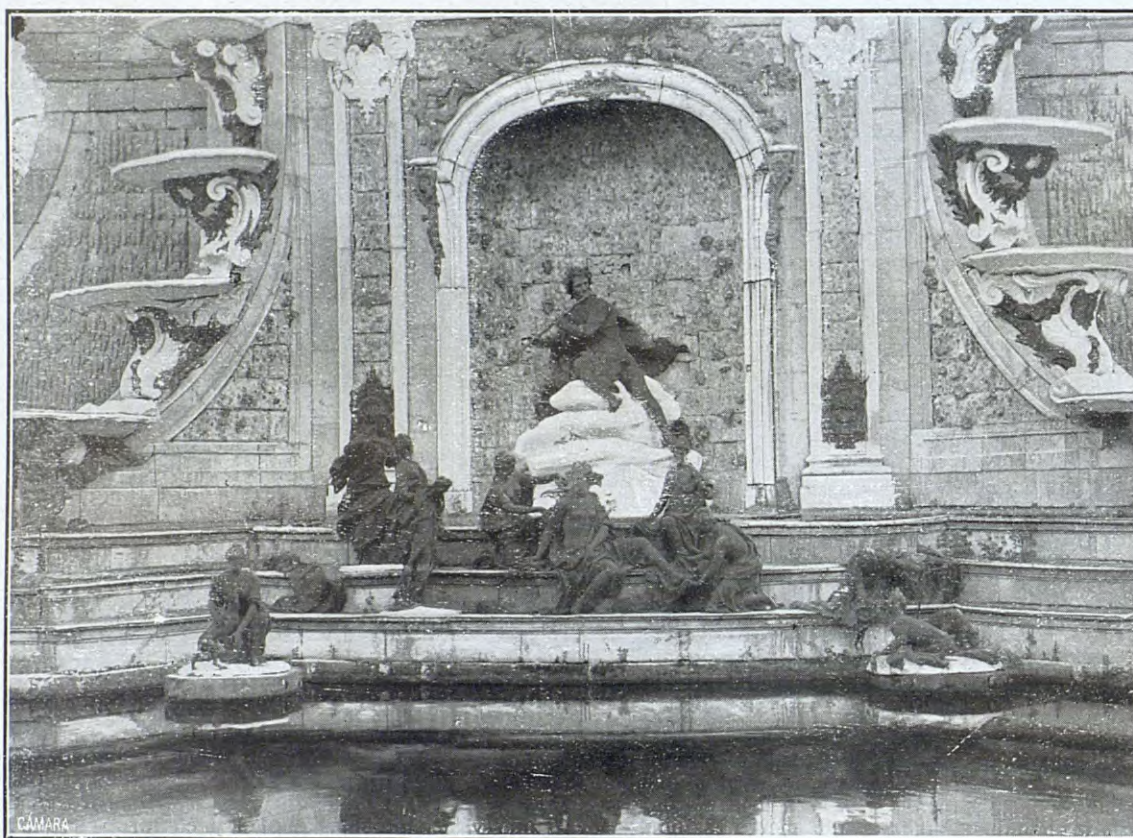
FOTS. CAMPÚA



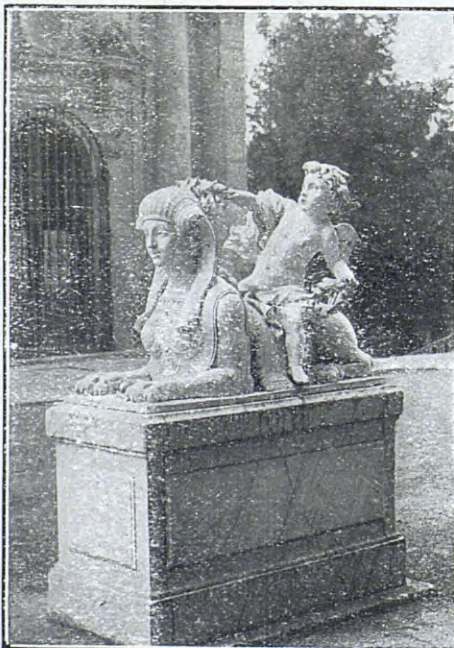
Vistas del Palacio Real de la Granja

«Para las horas frescas y apacibles del crepúsculo hay anchos y despejados ramales, lindas plazoletas, amenos claros ó parterres matizados con cuadros de flores y sembrados de elegantes jarrones de exquisito adorno y relieves; para las ardorosas siestas de julio, frescas sombras y asientos, sonoro murmullo de aguas, susurro de árboles mecidos por el soplo de la regalada brisa, opacas sendas que escasamente penetra el sol para dibujar en el suelo menudas redes de luz. Pero en aquellos días solemnes por su rareza misma, en que el cristalino acopio de sus aguas baja de una á otra fontana como raudal de vida y brota por sus caños tomando las mágicas formas que el artífice le prescribió, entonces parecen las figuras cobrar alma y movimiento, entonces el pacífico murmurio se torna estruendo; y los surtidores, ya lanzándose á las nubes de donde descienden desatados en cataratas, ó ya desmenuzándose en vistosos cambiantes, tienden sobre los árboles y sobre los espectadores argentada neblina que roba su mismo azul al firmamento.»

Delante del palacio extiéndese bellísimo parterre, que adornan sobre pedestales varias esta-



«El baño de Diana», una de las fuentes más artísticas de los jardines

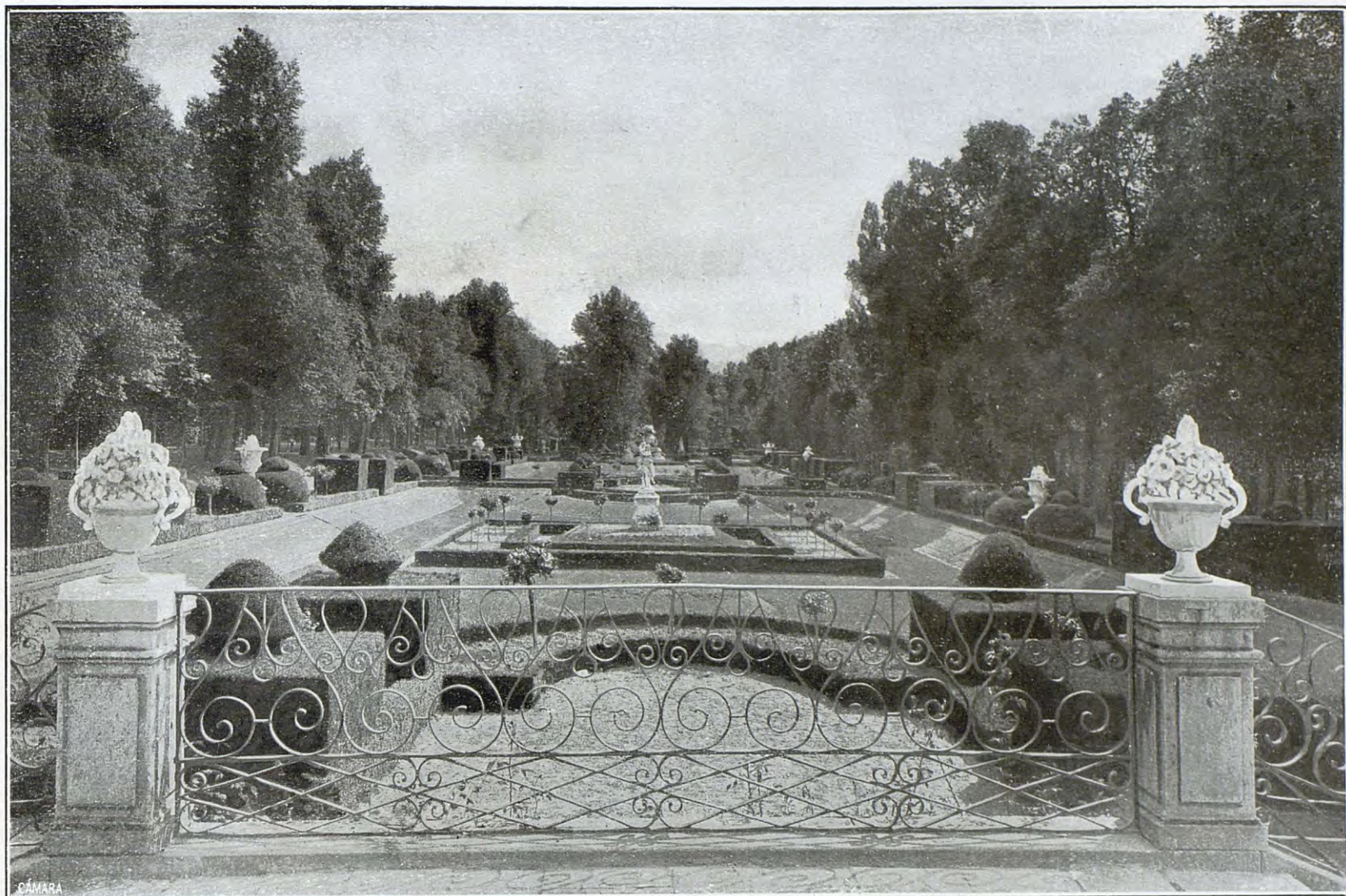


tuas y jarrones. En el fondo deslízase la cascada nueva sobre diez mesetas de diversos mármoles, alimentándose de un estanque circular, en cuyo centro se yerguen *Las tres gracias*, sostenidas por tritones. En el remanso circular *Amfitrite* contempla desde su concha el retozar de delfines, cisnes y céfiros, que se miran en las aguas sepejeantes. Flanquean la cascada anchas gradearias de blanco mármol pobladas de jarrones y figuras mitológicas en artística perspectiva, conduciendo suavemente á un cenador de carácter versallesco, «octógono templete—dice don José María Cuadrado—más recomendable por su bien emplazada colocación que por sus macizas formas, revestido por fuera de jónicas pilastras y de trofeos, y en el interior de bellos már-

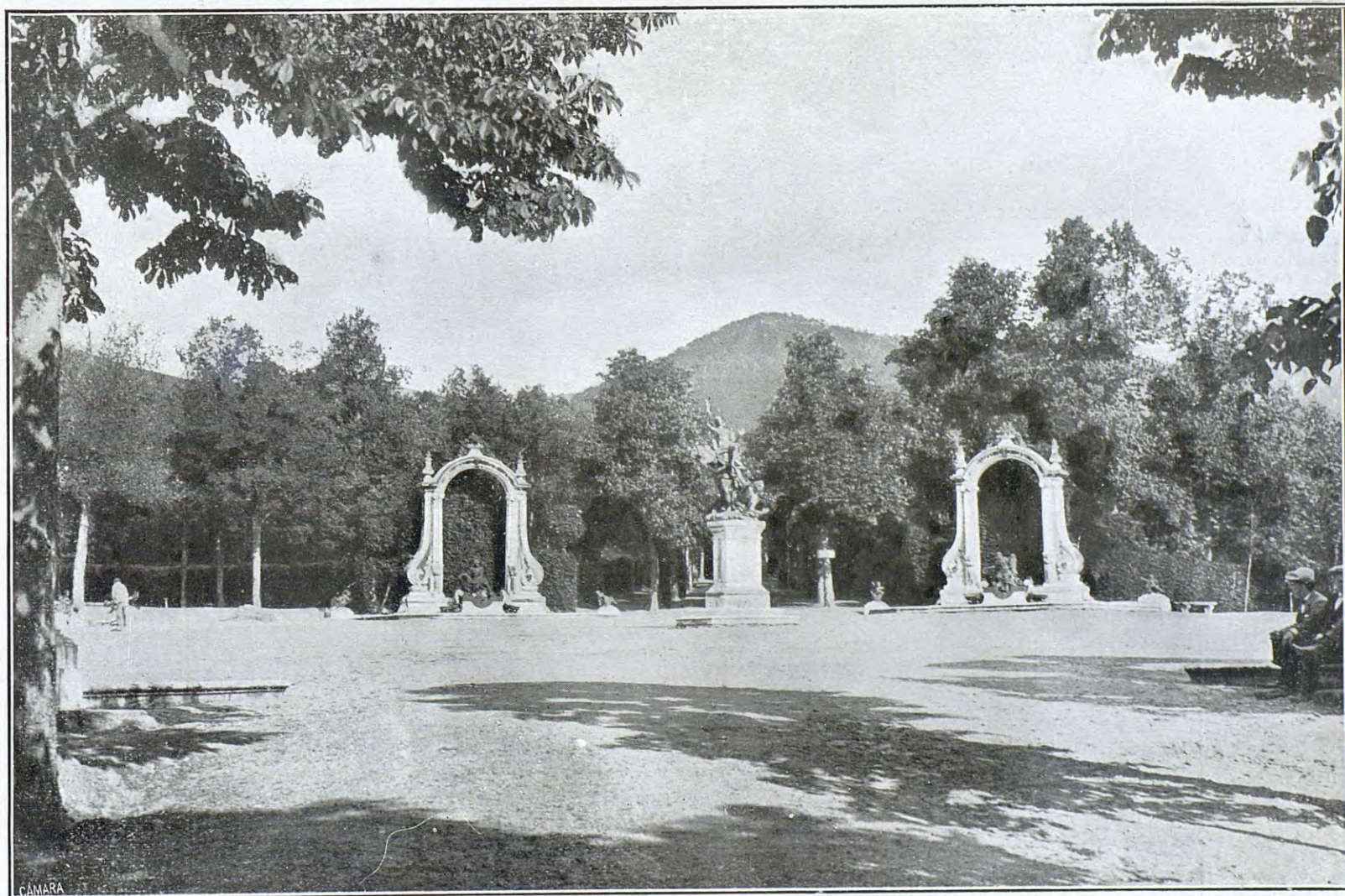


Detalles escultóricos de los jardines reales de la Granja

FOTS. CAMPÚA



Vista de uno de los paseos más pintorescos de los jardines de la Granja



La gran plaza de los jardines de la Granja

FOTS. CAMPÚA



"El Mar", gran estanque que surte las fuentes de los jardines de la Granja, y cuyas márgenes son muy pintorescas

Otra fuente no menos admirable de la Granja, es la de *Eolo*, en la que el correr de los surtidores imita el rumor y la lucha de los vientos encontrados, chocando violentamente las aguas que desde el centro arroja un grupo de céfiros aprisionados por su Dios en torno de una roca.

A la izquierda del parterre y paralela á la cascada, despliega su magnificencia la *Carrera de Caballos*, que extiende una serie de admirables fuentes, por el mismo camino que antes discurría apaciblemente un arroyo; y en otros lugares del parque contempla el viajero las fuentes de *Nepituno*, cuyo carro triunfal escoltan delfines, tritones y amorcillos; la de *Apolo*, la de *Andrómeda*, encadenado á un peñasco; la de *Pomona*, de los

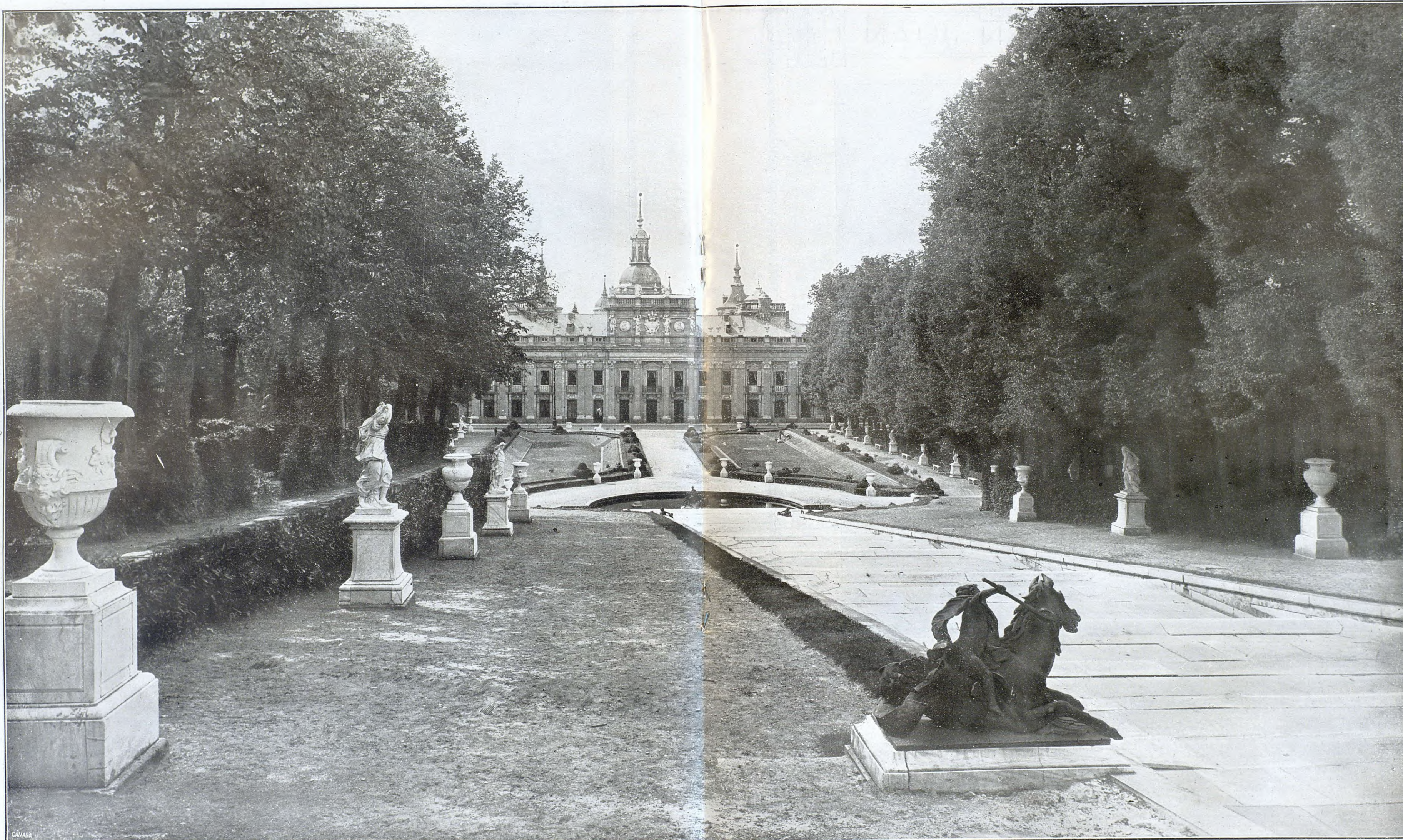


Una de las esculturas de la fuente denominada "La Carrera de Caballos"

Dragones, de *Latona*, bella y expresiva composición de Renato Fermin; la denominada *Los Baños de Diana*, con su cuerpo arquitectónico elevándose gallardo á 17 metros de altura, y por último, la espléndida fuente de *La Fama*, constituida por un alto risco, en cuya cima vuela montada en el alado Pegaso la Fama, empuñando la trompeta y holando bajo su planta triunfadora la Envidia, el Error, la Malignidad y la Calumnia. A raíz del peñasco, cuatro figuras simbólicas de ríos recostadas en sus grutas, vierten el agua de sus urnas en el estanque y cuatro delfines montados por niños lanzan sus cristalinios surtidores combinándose en mil entrecruzamientos de una visualidad y de un arte sorprendentes.



FUENTE DE LA FAMA, SITUADA FRENTE A UNA DE LAS FACHADAS DEL PALACIO REAL, DE LA GRANJA FOT. CAMPÚA



EL PALACIO REAL DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA), VISTO DESDE LOS JARDINES

Cuentos Españoles

MAÑANITA DE SAN JUAN



LOLILLA suspiraba por un novio; flor de juventud, se agostaba en su tallo sin que hombre alguno hubiese murmurado en sus oídos la dulce serenata del amor.

Lolilla era fea; pero tenía bonito cuerpo y una charla adorable y una risa loca de pájaro. Sin embargo, nunca pudo vanagloriarse de haber gustado la miel de un cariño. Y á solas en el misterio de las noches, Lolilla lloraba y le pedía á Dios y á San Antonio bendito—abogado de las mocitas casaderas—un novio, fuese como fuese, viejo, cojo, tuerto, pero un novio; aunque sólo le durase dos días, aunque llegase hasta ella con el único propósito de pasar el rato. Lo importante para Lolilla era poder invocar el recuerdo de este hombre cuando sus compañeras, en los coloquios íntimos del taller, hiciesen el recuento de sus adoradores.

Pero ni Dios ni San Antonio bendito estaban dispuestos á complacer á Lolilla en sus justos deseos. ¡Y cuidado que la muchacha ponía para ello cuantos medios estaban á su alcance!

Lolilla era supersticiosa, como buena andaluza; y no había víspera de San Juan Bautista en la que, á las doce de la noche, ella no mojase su cabeza con agua del mar y en la que no pusiese

sobre el alféizar de su florida reja los alcauciles simbólicos. Porque contaba la tradición que la mocita que, en aquella noche, mojase su cabeza con agua salada y que á la mañana siguiente viese florecidos los alcauciles, que la víspera dejara cerrados bajo la custodia de las estrellas, encontraría, por milagro del Bautista, el hombre que habría de llevarla al altar.

Pero Lolilla, desde sus quince años, venía practicando aquella prueba con solemnidad de rito, y frisaba en los veinte y el Señor San Juan no se había dignado concederle aún la merced deseada.

Cuanto se diga es poco de la inquietud del espíritu de Lolilla durante la noche de la prueba; desvelada, insomne, daba vueltas en la cama, presa el alma de mortal ansiedad; y con las primeras tintas de la aurora saltaba del lecho y hacia la ventana encaminábase para sufrir la cruel derrota de sus ilusiones, porque los alcauciles permanecían cerrados é impenetrables como el libro de lo porvenir.

Tenía Lolilla una hermana menor, Consuelo; una chiquilla como un amanecer de bonita; con los ojos más traviosos y pícaros que pudo Dios poner en criatura humana; con una boca, que

era un joyel granate, y unas manos finas y suaves como las de una duquesa florentina. Consuelo era la honra de las mocitas del barrio; diez y seis años tenía y hacía dos que los mozos se disputaban á guitarrazos el amor de la muchacha y convertían la calle donde moraba en un verdadero campo de Agramante durante las horas del silencio. Y allá iban hasta la soledad del dormitorio de Consuelo, convertidos en coplas, los más halagadores ditirambos con que el ingenio y la musa populares festejaban los soberanos encantos de su hermosura; en tanto Lolilla consumíase triste y sola sin que una flor de madrigal perfumase la senda de su vida.

A pesar de todo no envidiaba Lola la suerte de su hermana; el cariño fraternal ponía una barrera infranqueable á la baja pasión, y Lolilla era la primera que se sentía orgullosa de aquel partido inmenso de que gozaba su hermana entre los hombres.

Una tarde...

Era en primavera; la estación del amor y de las flores. Lolilla cosía sentada en el alféizar de su reja; y en la calle las chiquillas cantaban en corro la triste historia del paje Gerineldo.

A la ventana hubo de acercarse un hombre; un

mozo fornido y simpático, de grandes ojos negros y tez morena. El caso, por lo insólito, paralizó en las venas la sangre de Lolilla.

Y el hombre le dijo:

—¡Quién fuera rico pa que se pasara usted el día en una mesera y no cosiendo trapos!

Lolilla tornóse en amapola, y de la misma emoción no supo contestar.

—Sería una lástima que una mujer con tanta simpatía fuese muda —continuó diciendo el mozo.

Dominando su turbación, Lolilla pudo hablar al fin.

—Y usted, ¿qué quiere?

—Charlar con usted un ratito, si no hay un novio que lo impida.

—¡Un novio! ¿Pero usted se cree que con esta cara se puén gastá esos lujos?

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene la cara? Dos ojos que son dos luseros y una boca que es una rosa é Mayo.

—Pa divertirse se va usted á un pím-pám-púm, hijo mío.

—Que me purguen con aceite é risino si lo que yo le he dicho á usted no lo he sentío de corasón, morena.

—¿Ento, ¿y se pué sabé á qué viene toa esa letanía?

—Pos viene pa demostrarle á usted que yo soy más formá que un escribano, y que en lo que yo digo firma er rey.

Siguieron hablando. El sol ponía su adiós de oro en los altos miradores, y la tarde perfumábase al morir como una sacerdotisa de un viejo culto sádico.

Por la calle pasó la Pinturera, una compañera de Lolilla, la cual, acercándose á la ventana, interrumpió el coloquio para decir:

—Loliya, que sea enhorabuena, mujé. ¡Qué cayao te lo tenías!

Y siguió calle abajo, contoneando al andar sus rumbos macareños.

Luego fué la hermana de Lolilla, Consuelo, quien llegóse al ventanal, visiblemente sorprendida.

—Pero, Lola, ¿qué es ésto?

—Ya lo ves: un amigo.

El mozo, cuando vió á Consuelo, se inmutó. Y los ojos de ella le clavaron alevés el puñal de sus miradas.

Lolilla hizo la presentación.

—Manolo Torres; mi hermana Consuelo.

Cuando Manolo Torres estrechó entre sus manos, callosas y duras, la mano de Consuelo, sufrió un estremecimiento nervioso. Y su rostro cetrino se tornó pálido.

Después, cuando Consuelo se hubo marchado, Manolo se recobró de la impresión y siguió su charla con Lolilla.

Las campanas tocaban la oración de la tarde al tiempo que Lolilla y Manuel se despedían.

La palabra amor no había brotado durante el largo coloquio, pero ¿qué importaba?

Lolilla estaba satisfecha. Un hombre desconocido había ofrendado á su juventud un manojo de rosas y le había brindado su amistad.

Y Lolilla pensaba que la amistad de un hombre bien pudiera ser mensajera de amor.

Y aquella noche, en la idealidad de su ensueño, estuvo Lolilla, hasta bien tarde, en la frescura del patio de su casa, contemplando cómo las estrellas guiñaban malicias á los luceros y dejándose arrullar por el dulce murmurio del surtidor de la fontana.

Siguió Manolo cultivando la amistad de Lolilla con todos los caracteres de un noviazgo. La es-

peraba á la puerta del obrador de costura y la acompañaba hasta su casa, y durante el trayecto hablaban de cosas indiferentes y frívolas, sin que ni por casualidad surgiese de las charlas el tema del amor.

Ella lo achacaba á cortedad del muchacho, porque no podía comprender cómo un hombre, sin estar enamorado, tenía para con ella tanta asiduidad y tanta constancia.

Las amigas de Lolilla, no enteradas del fondo de aquellas relaciones, juzgaban que eran novios y le daban bromas á la muchacha; bromas que ella acogía con visible agrado. Sin embargo, llegó un momento en que Lolilla comenzó á preocuparse de la situación anodina en que se encontraba respecto á Manolo. Si la quería ¿por qué no se declaraba? Y si no la quería ¿por qué no faltaba ni una tarde á la puerta del obrador?

Y lo peor era que Lolilla se había enamorado,

veo y se me corta el hálito y se me nublan los ojos y quiero hablarla y no pueo.

—Pero, hijo, ¿esa mujé se come á la gente? ¡Quisiera yo conocerla!

—¡Si usted la conose!

—¿Que la conozco yo?

—Mucho. Y er favó más grande que podía usted haser por mí era desirle to esto que yo cayó.

Lolilla se contrajo. Y en su mente un cuervo batió sus alas negras.

—¿Que yo se lo diga?—preguntó, en la garganta un collar de lágrimas—. Pero esa mujer es...

—Su hermana: Consuelo.

Fué como si una catapulta aplastase su cerebro. Lolilla quedó inmóvil; se extravió su mirada y durante un momento perdió la noción de las cosas. Manolo notó la turbación y le preguntó interesado:

—¿Se ha puesto usted mala?

—Sí.

Acudieron las amigas y viendo que el malestar de Lolilla tomaba mayores proporciones, decidieron llevarla á su casa. Nadie se explicaba aquel repentino accidente. Sólo Manuel Torres pudo comprender toda la verdad. Y una nube de tristeza empañó su espíritu. Buscando en Lolilla una abogada para sus pretensiones respecto á Consuelo, había hecho germinar inconscientemente en el corazón de la fea la rosa del amor. Y la realidad había venido á deshojar fieramente sus pétalos. ¡Pobre Lolilla! No fué Manolo, como ella suponía, el esperado caballero de sus sueños de virgen.

ooo

Lolilla se agravaba por momentos. El médico á quien habíase mandado llamar diagnosticó que el caso no tenía solución. Una conmoción cerebral producida por una impresión fuerte acababa con la vida de la muchacha.

Sobre el lecho yacía inerte el cuerpo de Lolilla. Sus amigas la rodeaban llorosas y afligidas. Y todas se preguntaban qué habría podido impresionarla hasta el punto de causarle la muerte.

En el alféizar de la florida reja estaban los alcauciles que Lolilla colocara antes de salir de su casa.

De madrugada pareció que Lolilla despertaba de su letargo; abrió los ojos y los fijó en Consuelo, que á la cabecera del lecho permanecía.

—Lola, Lolita... ¿Qué tienes? ¿Qué te sientes?

Lola hizo un esfuerzo supremo y con la voz borrosa murmuró:

—Manolo... te quiere á tí...

Luego volvió á cerrar los ojos para no abrirlos más. Y le pareció que un príncipe envuelto en albo traje venía por ella, *en el cinto la espada y en la mano el azor*. Y ella le acogió solícita. Y el caballero la besó en la frente y al besarla se sintió trasportada de este mundo y comenzó á escalar los cielos infinitos.

Unos perros ladraban en la noche. Y eran sus ladridos agoreros y lúgubres...

ooo

¡Mañanita de San Juan, qué triste llegas! Lolilla ha muerto. Y unas manos amigas han cubierto su cuerpo inerte de rosas y de claveles.

En el alféizar de la ventana han florecido los alcauciles simbólicos. Y es que fué el Caballero de la Muerte el príncipe tantos años esperado por Lolilla la fea.

J. FERNÁNDEZ DEL VILLAR

DIBUJOS DE MANCHÓN



DE LA ALEGRE BOHEMIA

EL GRAN GALEOTO

Varios meses hacía que mi familia habitaba en el número cuarenta y dos de la calle Damrémont. Ocupábamos el piso quinto. Era un cuarto pequeño, pero lindísimo, con suelo de madera encerada y espejos sobre todas las chimeneas, que en las tibias mañanas azules se llenaba de sol. Sus balcones dominaban un generoso horizonte: a la derecha negreaban los montes históricos de San Dionisio; al frente y algo desdibujadas en la distancia, aparecían las perspectivas verdes de Clichy, Levallois-Perret, Courcelles y otros arrabales vecinos del Sena; a la izquierda, por entre dos casas, asomaban algunos cipreses del Cementerio del Norte, llamado también de Montmartre, donde duermen las cenizas de Gautier, de Mürger y de Zola.

La calle Damrémont se halla en uno de los planos más altos y saludables de París: ni muy bohemia ni muy burguesa, ni tan concurrida que su trágico inquiete el sueño de los aficionados a levantarse tarde, ni tan solitaria que sea peligroso transitar de noche por ella. Las casas son buenas, el vecindario sosegado, abundan los comercios y los tranvías eléctricos que van desde la iglesia de la Trinidad a San Dionisio, la recorren con una trepidación alegre que canta, hecha risa y luz, en los fenestralos. Empero a mí, nunca me satisfizo. Esas calles excéntricas desde las cuales se divisa el campo, son siempre un poco tristes. Tienen la melancolía del término medio. Huelan a provincia. Los recios latidos de la capital llegan a ellas apagados y la proximidad de los suburbios, con sus fábricas de chimeneas humeantes, sus grupos de árboles y sus solares herbosos, las impregnan de paz rústica. En su silencio, la voz de las campanas clama mejor y los aguaceros parecen más fuertes. Las gentes que a la hora vespertal, de vuelta del trabajo, transitan por allí, caminan despacio y su lentitud irradiaba fatiga. Esta era la emoción que la calle Damrémont me producía; y la corroboraban el sesgo desdichado de mis asuntos, y acaso también la elocuencia de aquellos cipreses funerarios cuya copas tupidas, como los pararrayos la electricidad, parecían desprender ese eterno aroma de olvido que sale de la tierra.

En nuestro maravilloso mundo íntimo, donde todo, simultáneamente, es origen, nexos y consecuencia, de todo, lo más trascendental, en ocasiones, suele derivarse de lo nimio. Así, una tarde, un cartel donde aparecían sobre un fondo muy azul el perfil amarillo de La Giralda y dos mujeres con mantones de Manila y claveles en el moño, me hipertestió el patriotismo hasta la murria. Regresé a mi casa de torcidísimo humor y durante la cena apenas despegué los labios.

Estábamos a fines de Mayo; el mes que en España huele a azahar y tiñe con sangre de amapolas los trigales. A los postres, lancé contra el mantel estas palabras desconcertantes:

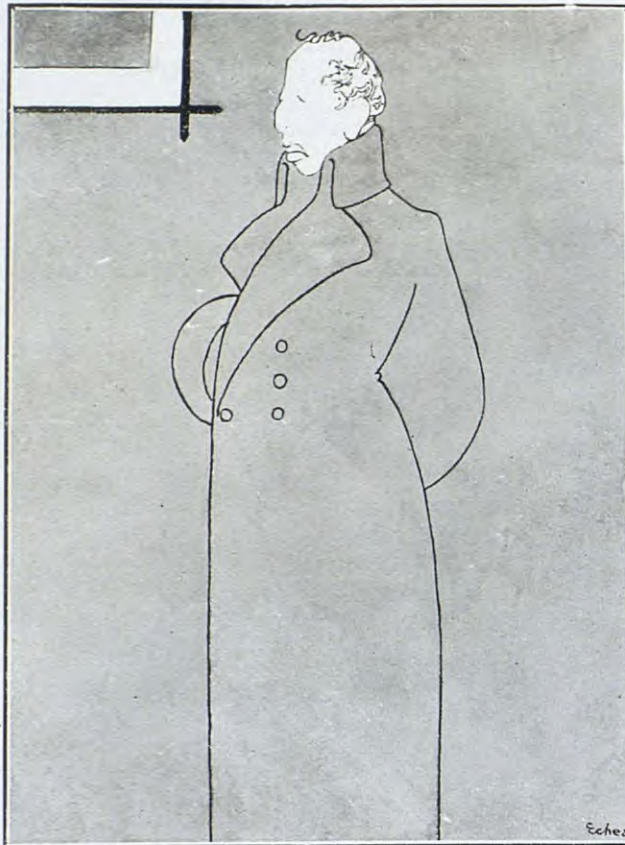
—¿Queréis regresar a Madrid mañana mismo?

«Los míos» me observaban asombrados, con un estupor que, por segundos, iba resolviéndose en alegría vivísima. Los rostros amados, humildes, ingenuos, se llenaban de luz.

—¿Y tú?—preguntaron.

—Yo—repuse—iré más adelante. Por el momento, tengo aquí algunos asuntos que no puedo dejar.

El regocijo de aquel viaje imprevisto, aminoraba en nosotros el dolor de la separación. Nos queríamos, íbamos a decirnos «adiós», y, sin embargo, estábamos contentos. Era la dulce embriaguez de la vida errante, el alboroto contagioso de los equipajes cerrados aprisa, el vértigo de los trenes, de los panoramas que huyen ante las ventanillas de los vagones fugitivos; era el alma, eternamente joven, de Nuestra Señora la Bohemia, que descalza y ceñida la frente de rosas, canta a lo largo de los caminos. Hacer alto y marcharse enseguida, alegrarse con la emoción de llegar y enternecerse suavemente con la nostalgia, a flor de piel, de la despedida; sentir que la tierra escapa bajo nosotros; no vivir dos veces la misma fracción de espacio, como jamás vivimos dos veces la misma fracción de tiempo; echar sobre el espanto de las cosas muertas, de



las cosas que aguardan, la movilidad divina de la ilusión, ¿dónde hubo nada más exquisito?

Con el propósito de madrugar nos acostamos pronto. Por la ventana que adrede dejamos abierta, penetraba la rubia claridad de la luna; los muebles se abocetaban en la penumbra espectral. Yo pensaba, ingrato: «Mañana no os veré...» Y esta idea me complacía. Dormí bien. Aquella noche, en que al contento de mi familia en repatriarse agregaba yo el de quedarme nuevamente sólo y libre, es una de las más felices que recuerdo.

A la mañana siguiente, bien temprano, fui a un baratillo de la calle Lamarck.

—¿Quiere usted comprar unos muebles?—propuse al prendero.

—Sí, señor.

—Pues, véngase usted conmigo.

—Habré de cerrar la tienda; en este momento estoy solo.

—Ciérrela usted. Yo no puedo esperar.

Accedí, viendo en mi impaciencia la probabilidad de un buen negocio. Subimos a mi casa.

—¿Qué vende usted?

—Todo.

—Eso no es contestar—repuso—; concrete usted; porque esos retratos, verbigracia, no pensará usted venderlos.

—Sí, señor; también los retratos. Los muebles y los retratos y los enseres de cocina y las esteras y los libros. ¡Todo! ¿No oye usted que todo?...

Sonrió:

—Es que yo sólo pago los muebles; lo demás no tiene valor para mí. Únicamente si usted me lo regalase...

—Sí, señor: se lo regalo, a condición de que se lo lleve usted todo, absolutamente todo, antes de mediodía.

Comenzó a tasar en silencio; se acercaba a los muebles, como para olerlos, los palpaba y seguía adelante. Yo comprendía que iba sumando y a cada momento parecíame que en su frente, como en las cajas-registradoras, iba a pintarse un número. Me miró:

—¿Y la cama?

—También.

—¿Y los colchones?

—También los colchones. ¡Todo!

Este adjetivo, repetido a cada momento con vehemencia vibrante, uníase en mi espíritu a una noción de libertad. ¡No tener casa, no tener muebles, reducir aquellos objetos a billetes del Banco!... ¡Qué bien!... A partir de ese instante,

nuestra vida ofrece tres momentos exquisitos: primero, el coche que con nuestro equipaje en el pescante, rueda camino de la estación; después el tren, que parece huir del coche, demasiado lento, hacia una playa; finalmente, el trasatlántico, que a su vez escapa del tren y de la costa...

El prendero, sin hablar, con el aire absorto de un hombre que suma, iba de habitación en habitación. Yo le seguía pisándole los talones, afligido por el temor de que hubiese algo que no quisiera, ni de balde. Al cabo, volviéndose hacia mí y secamente, como si me diese un golpe en el pecho, declaró:

—Doseientos francos.

Pensé soñar. ¿Cómo?... Por una cama con su colchón, un armario de luna, una mesa de comedor, un sofá, dos butacas y media docena de sillas, amén de varios cuadros, libros, objetos de cocina y otras frivolidades, ¡doseientos francos!... ¡Miserable!...

—No puedo ofrecerle a usted más—añadió.

Hizo ademán de irse y su frialdad despectiva me angustió y sofocó como si la mano de un hércules me cogiese del cuello. Miré mi reloj. Las once. ¡Qué tarde! El tiempo y el mercader parecían haberse puesto de acuerdo. Cedí.

—Bueno, conformes. ¡Pero empiece usted a llevarse los muebles ahora mismo!

—Al instante.

Se marchó y regresó a poco acompañado de dos individuos taciturnos y anchos de espaldas. Fué una visión de cinematógrafo. Mientras nosotros, a porfía, guardábamos nuestras ropas en un baul... ¡todas cabían en un baul!...—las sillas, las esteras, las mesas, iban desapareciendo, escalera abajo, a lomos del chamarilero y de sus acólitos. La escalera parecía un esófago. En menos de media hora la deglución del ajuar quedó hecha. Entonces el mohatero me abordó, sonriente.

—Aquí tiene usted sus doseientos francos; y... ¡buen viaje!...

Le dí las gracias. Tasar toda mi hacienda en cuarenta duros y desearme luego un viaje feliz, era algo desconcertante. Evidentemente, el chamarilero de la calle Lamarck era un fiero ironista.

Limpio ya de cuidados, almorcé con mi familia en un restaurant próximo al Quai d'Orsay, y después nos fuimos a la estación, a pasar la tarde. Mi hija se echó a dormir. Cándida, que no sabía francés, estaba muy triste, y su tristura crecía según el instante de la despedida iba acercándose. En el fondo de aquella pena había un miedo; el miedo a viajar por un país cuyo idioma no entendemos. A cada momento, me decía: —Lo malo es llegar a Irún, ¿verdad?... Una vez en Irún, como allí se habla español...

La pueril inocencia de tales reflexiones, me removía el alma. ¡Pobre compañera! ¡Verdaderamente no era correcto dejarla así, sola, a tantas leguas de la Puerta del Sol!... Bajito, muy bajito, mi conciencia caballerosa murmuraba:

«¿Por qué no las acompañas hasta la frontera?...»

Empecé a sumar: «Tanto», de París a Irún; «tanto», de Irún a Madrid... ¡Imposible! El cociente era aterrador; faltaba dinero; mi cartera y mi hidalguía, según costumbre, se llevaban muy mal. ¿Cómo no pensé en esto antes? ¿Por qué perteneceré a ese desdichado grupo de hombres que siempre suman «después»?...

No obstante, todavía me quedaba un recurso; buscar más dinero; siquiera el necesario para llegar a España. Eran las cuatro, el tren partía a las seis, y dos horas dan mucho de sí. Sin detenerme a explicar el plan que acababa de discutir, salí de la estación y tomé un coche.

—¡Calle Visconti! ¡A escape!...

Entré en la Librería de la Viuda de Bouret, como un huracán.

—¿El señor Director?

Mi rostro debía de tener una expresión inusitada porque, sorprendidos, todos los empleados de la administración se pusieron de pie.

—El señor Director, está en su despacho...

Le hallé, como siempre, escribiendo y rodeado de libros; cortés, ecuánime, tranquilizado por la luz suave de la habitación.

—¡Mr. Bouret!—dije sin preámbulos mientras le estrechaba la mano;—debo regresar a España

esta misma tarde y necesito cincuenta francos. Hace tiempo que no escribo para esta casa; sin embargo, usted me los prestará. ¿Nos es cierto? Yo se los devolveré en seguida, ó en dinero ó en trabajo, como usted guste...

¿Fue la sorpresa? ¿Es que mis ojos hallaron en aquel instante el secreto de la fascinación? ¿Acaso mi voz vibró de un modo irresistible y nuevo?... Indudablemente hubo algo de sugestión, porque el señor Bouret, sin lucha, sin una objeción, sin un gesto, con la impasibilidad de un autómatas, repuso:

—Hágame usted el recibo.

Y luego:

—Le deseo un viaje agradable.

De bonísima gana le hubiese abrazado. ¡Ah! Mr. Bouret no era un ironista, como el mercachifle de la calle Lamarck; el señor Bouret era un caballero.

Escapé de la librería y dí orden al cochero de llevarme á la calle Damrémont. Llegué á mi casa y sin tiempo de preparar mejor equipaje, guardé todos mis enseres de tocador en una caja de cigarros habanos. Al marcharme, recogí del suelo un ejemplar de *El gran galeoto*.

—Me servirá para leer en el tren esta noche—pensé.

ooo

Al otro día llegamos á Irún, donde hubimos de pernoctar, pues aunque el rápido «París-Hendaya» enlazaba con el expreso de Madrid, en aquella época ¡ay! los expresos españoles no arrastraban vagones de tercera. Debíamos, por tanto, esperar allí el correo del día siguiente. ¿Qué hacer? Empleamos la tarde en visitar los alrededores de la población, la antigua Ilturisa ó Idamusa, que con ambos nombres la designa la Historia; nos asomamos á las callejuelas de Fuenterrabía, la heroica, tan memorable por los tremendos asedios que ha resistido como por la bondad de sus escabeches, y complacimos nuestros ojos en la áspera majestad del monte San Marcial, de triste recuerdo para los franceses. La noche la pasamos en un hotel, cuyo nombre he olvidado; fué para nosotros una especie de «noche triste». Yo, sin embargo, no estaba abatido; todo aquello era extravagante y, de consiguiente, muy ameno; me acordaba de Hernán Cortés y comparando su retirada gloriosa con la mía, hasta sentía ganas de reír.

Amaneció y fuimos á la estación. Mi indumentaria era bastante rara. Consistía en unas botas de charol nuevecitas, un sombrero blando de fieltro gris y un larguísimo gabán de color castaño; un gabán napoleónico de doble botonadura, muy entallado, con faldones, grandes solapas y un cuello alto de terciopelo, estilo Imperio. Con aquella prenda anacrónica y exótica me parecía á Camilo Desmoulins, á Danton, á Robespierre. Era un gabán que hacía pensar en la guillotina. Mi niña, con la alegría de viajar, iba muy contenta. Cándida se apoyaba en mi brazo, afligidísima.

—¿Volveremos á reunirnos pronto, verdad?

—Sí, mujer,

—¿Y cómo te las arreglarás para salir de aquí?

Yo, con la cajita donde guardaba mis enseres de limpieza debajo del brazo, me encogía de hombros. No estaba contento, tampoco estaba triste; disfrutaba un bello momento de impasibilidad, ó lo que es lo mismo, de superioridad. Verdaderamente aquel gesto estoico merecía un retrato. Mi familia me sonreía desde la ventanilla de un vagón. Un empleado se aceleraba á lo largo del convoy, cerrando portezuelas. Silbó la locomotora, vibró una campana, sonó un pito. El tren se puso en movimiento.

—Adiós... adiós...

—¡Buen viaje!...

Ellas movieron sus pañuelos; yo, sólo en medio del andén, correspondía al saludo agitando sobre mi cabeza, como una bandera, el ejemplar de *El gran galeoto*.

Inmediatamente regresé al Hotel, donde escribí una carta á mi amigo Claudio Frollo—á la sazón se hallaba en París—explicándole la comicidad de mi situación y rogándole me enviase, á correo vuelto, cincuenta francos.

Las circunstancias que me asediaban eran, efectivamente, de una donosura y de una originalidad insuperables. Pasar amarguras en París... ¡bueno!... Pasarlas en Madrid... ¡tampoco tiene nada de extraordinario!... ¡Pero, en Irún!... Quedarse sin dinero en un pueblo así, colocado precisamente en el término ó línea divisoria de dos grandes naciones, me daba la impresión de hallarme en un ascensor que bruscamente se hubiese detenido entre un piso segundo y un piso tercero, por ejemplo. No podía subir, no podía

bajar. Irún era para mí una especie de jaula; algo grotesco, una farsa de circo...

A falta de ocupación más lucrativa, durante seis ó siete días, me dediqué á registrar aquellos alrededores. Nunca he paseado tanto. Todavía, á pesar de los años transcurridos, podría hablar de Fuenterrabía y de Irún como si jamás hubiese salido de allí. Recuerdo todos los caminos, todos los rincones, todos los murmurios de sus playas. ¡Ríete, lector!... Ríete, porque hay motivos. La gracia del episodio que voy narrando, es, como dice la gente de teatro, una gracia «de situación»; nace del contraste entre mi gabán y los versos de *El gran galeoto*, y el paisaje de Irún.

Como mi absoluta penuria me impedía fumar, beber café y adquirir periódicos, yo no hacía, desde la mañana á la noche, más que pasearme y estudiar *El gran galeoto*. No hablaba con nadie y me hallaba ignorante de todo y cual separado del mundo. ¿Continuaba habiendo república en Francia? ¿No habría desaparecido El Escorial?... Una emoción de silencio me circundaba; Irún era como un islote solitario, como un globo entre nubes, como un buque en el mar.

Para aliviarme de mi desamparo, leía continuamente *El gran galeoto*, unas veces callando, otras en alta voz, y hasta llegó á parecerme que entre mi situación y lo dicho por los personajes del drama había notables concomitancias. A trozos la obra parecía escrita para mí. Verbigracia:

Por las tardes, camino de Fuenterrabía, exaltado bajo la esplendidez del panorama, no cesaba de repetir, con «Teodora»:

«¡Hermosa puesta de sol!
¡Qué nubes, qué luz, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron..., etc.»

De noche, si al meterme en la cama experimentaba una depresión, un abatimiento, la excelente «Teodora» también acudía á traducir mi pena con nuevos versos. Yo no podía pensar en el silencio de Claudio Frollo sin decir con la esposa de «Don Julián»:

«¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo... y qué frío!...

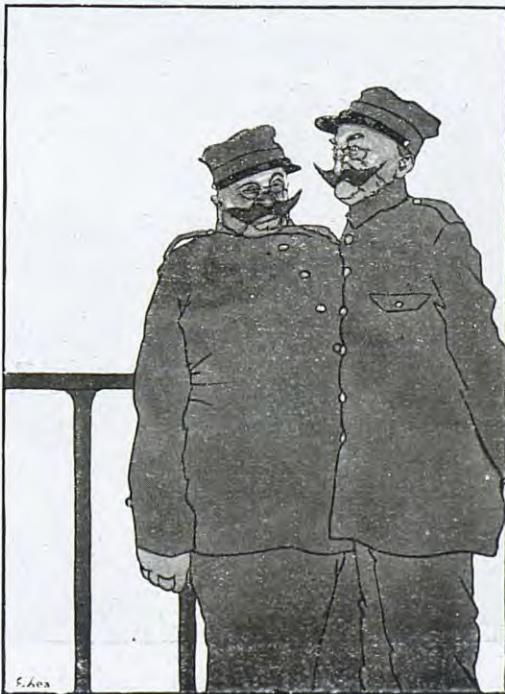
Si al entrar ó salir del hotel advertía en su dueño cierta hostilidad hacia mí, exclamaba mentalmente, claro es, y tuteándole:

«Algo noto en tu mirada,
y algo revela tu afán...»

¿Desconfiaría aquel hombre de mí? ¿No creería que yo, según le manifesté, iba á recibir «fondos» de España de un momento á otro? ¿Me juzgaría capaz de establecerme en Irún? ¿Le habrían hablado mal de mí y el recelo de perder el importe de mi hospedaje destrozaba su alma?...

«¡Ah! ¡La calumnia es segura;
va derecha al corazón!...»

De esta presunción otros versos me consolaban. ¡Ya podía el hostelero desconfiar y repudirse! ¡Peor para él! Yo permanecería en Irún todo el tiempo preciso. ¡Nadie me arrancaría de allí! ¡Ni hecho pedazos! ¡No faltaba más!...



«Raíces sentí brotar, que de mis plantas
se agarraban firmísimas al suelo...»

Leer *El gran galeoto* más de una vez es delito imperdonable, sea cual fuere el lugar del mundo donde uno se halle. Pero releerlo y hasta aprenderse de memoria en Irún, no sólo es disculpable, sino que supone condiciones excepcionales de humorismo. ¡Lo declaro con orgullo! Durante los días de aquella semana ejemplarísima, ni un instante el famoso drama de Echegaray se separó de mí. Era mi biblioteca y también mi cuaderno de notas. En él anotaba mis impresiones. Con él saludaba á los trenes y despedía á las barcas y me quitaba el sol de los ojos.

Dios, «el buen Dios», amigo de los desheredados, no siempre favorece á los hosteleros. Digo esto porque una tarde, en el preciso momento en que el correo llegaba al hotel con «la letra» de Claudio Frollo, yo salía, y así nadie supo que el correo me llevaba dinero. Respiré. De pronto, lo que hasta entonces fué para mí cárcel, se trocaba en camino; ya podía huir. Sin detenerme, subí á mi cuarto, guardé mis cachivaches de aseo, é inmediatamente corrí á negociar la letra. El importe del giro creo que ascendió á un franco. Con la alegría de tener dinero, desoí las voces de la prudencia y compré tabaco y cerillas, y me fortifiqué el ánimo con dos ó tres copitas de Pedro Domecq, que al cabo, la filosofía optimista antes nace del estómago que del cerebro. Todo reía á mi alrededor: el cielo azul, el campo, el mar, los montes nevados. ¿Pagar la fonda?... ¡Ni por pienso! Hubiera sido una honradez suicida. Otro día...

Resuelto á cometer esta pequeña travesura, me dirigí con gentilísimo vaivén de pies hacia el puente tendido sobre el Bidasoa. En su comedio, es decir, en la línea donde España concluye y Francia empieza, unos gendarmes, bigotudos y foscos como los que intervienen en las farsas guñolescas, me detuvieron.

—¡Alto ahí! No se puede pasar.

Hice un gesto de sorpresa.

—¿Cómo? ¿No puedo pasar?

—No, señor,

Designé con un gesto el ejemplar de *El gran galeoto*, que llevaba en la mano, como si fuese una *Guía del Viajero*, y miré al paisaje con expresión candorosa y entusiasta.

—¡Pero, señores, si soy un turista..., un simple turista que va dando un paseo!...

—Lo comprendemos, pero la orden es terminante; por aquí nadie pasa.

Entonces retrocedí, salí del puente y, echando por una cuesta abajo, llegué á la orilla del río. Allí, como esperándome, había un barquero.

—¿Cuánto quiere usted por llevarme á la otra orilla?—le pregunté.

El interpelado me miró inquisitivamente; pensaría habérselas con un anarquista; pero mi gabán y mis botas de charol debieron de darle buena idea de mí.

—Lo que usted quiera—repuso empuñando los remos.

—¿Diez céntimos?

—Diez céntimos.

Cuando pisé «la otra orilla»; es decir, cuando estuve en tierra francesa, respiré mejor. Eché á correr ribazo arriba, llegué á la estación de Hendaya y metí la cabeza por la ventanilla de los billetes.

—¿Cuánto vale una tercera para París?...

No sé lo que me dijeron, pero recuerdo que me faltaban tres ó cuatro francos. ¡Qué conflicto! Serían las cinco de la tarde y el tren de España pasaba por allí una ó dos horas después.

—Lo esperaré andando—pensé.

¡Pobres botas!... Heroico, con el equipaje debajo del sobaco izquierdo y *El gran galeoto* en la mano derecha, como un bordón, emprendí la marcha. Aquello era echarse el pasado á la espalda. Caminaba sin mirar atrás y respirando á pleno pulmón el aire de Francia; la idea de que, por momentos, el fondista de Irún quedaba más lejos, ¡siempre más lejos!..., me hacía feliz. Así llegué, ya muy entrada la noche y medio descalzo, á San Juan de Luz.

¿Obré mal?... Evidentemente yo debí abonar mi cuenta al posadero de marras; pero si le hubiese confesado la verdad de mi situación, ¿me habría dejado partir? En medio de aquella fuga, sólo las palabras proféticas de «Ernesto» me consolaban; las palabras, precisamente, con que *El gran galeoto* termina:

«... ¡Que en su día
á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!»

EDUARDO ZAMACOIS

LA ESFERA

EVOCACIONES DEL PASADO CLÁSICO



CÁMARA

Una alumna de la escuela de danza antigua fundada en Bellevue (París) por la célebre Isadora Duncan, descansando de los ejercicios, en una actitud yacente plena de "armonía" y de clásica serenidad

ELEGANCIAS PARISIENSES

LA MODA EN LAS CARRERAS DE CABALLOS

PARÍS! ¿No habeis sentido nunca, queridas lectoras, el mágico influjo de esas cinco letras diabólicas? ¿No os han perseguido como una sugestión, como un deseo vivo y ardiente, que cogido á vuestros cerebros ha llenado las gentiles cabecitas de sueños é ilusiones?

La fantasía nuestra es poderosa y rica; nuestro pensamiento, la mayor parte de las veces, no pasa de ser una confidencia íntima de nuestras horas de meditación; de esos ratos que vivimos, sin pensar, en un dichoso ensimismamiento; cuando sentadas en los muelles cojines del auto pasamos veloces bajo las umbrías del Retiro, sintiendo en la piel la tierna caricia del aire lleno de perfumes; cuando nuestro corazón late, y nuestro recuerdo se aviva y en lo hondo del pecho un estremecer de alegrías nos habla del cariño, de la bella ilusión, de la dorada promesa, del soñado y temido momento de las bendiciones nupciales.

Y, entonces, la fantasía vuela á París.

El aristocrático sud-expres, la despedida entre lloros, besos y cariñosas advertencias, y el silbido que rasga los aires y el pesado convoy que se arrastra entre el ruidoso desperezo de sus cadenas, y allá en el andén, un revolver de pañuelos blancos y un temblor de manos que aletean en el aire...

¡Dejemos discretamente el amor á un lado! Dirijámonos también en el auto, y bajo frondas, á las carreras de Longchamps y de Auteuil. ¡Ay, queridas amigas! Las que hayáis estado recientemente comprenderéis el motivo de mi exclamación. Imaginad que por entre las soberanas del dinero

acechan los afanes del modisto. Suponed aquello como un gran escaparate en el que toda extravagancia tiene cabida y puestas á pensar obstinadamente en lo más absurdo, arbitrario y desatinado, os quedaréis siempre muy lejos de lo que «el modelo» es capaz de ofrecer. A tal extremo se ha llegado en las modas, que lo atrozmente exótico va á llevar mucho ganado en el concierto de nuestras admiraciones. En el momento presente, verdadero momento revolucionario, está desquiciado el gusto y fuera de lógica la confección. Si proyectáis el viaje de boda no vayáis á París. Visitad á Alemania, Suiza, Italia, Inglaterra, Rusia. Y si á pesar de todo os empeñáis en gustar la miel de

la luna primera en París no asistáis á los hipódromos ni os paréis á mirar á «un modelo». De lo contrario corréis el riesgo de que vuestro espíritu exquisito se subleve, se os desaten los nervios y volváis «de monos» con el esposo á la estación del Norte antes de lo proyectado.—ROSALINDA



“Toilettes” vistas en las carreras de Longchamps, de París, punto de reunión de las elegantes parisienses FOTS. ROL-VIDAL

DE NORTE A SUR

La mitología y la vida

Todos conocéis el viejo mito del rapto de Ganimedes por Júpiter. Pero acaso no todos conocéis el cuadro de Rembrandt que representa ese viejo mito helénico con un leve matiz de sutilísima ironía.

Este cuadro está en el Museo de Cassel (Alemania) y pertenece a la época más floreciente y feliz de Rembrandt, cuando su boda con Saskia, a quien había de retratar sentada sobre sus rodillas, mientras levanta un vaso lleno de vino espumoso.

Entonces (1635) pintó también *El rapto de Ganimedes*. Es el momento en que el águila de Júpiter sorprende al niño encaramado en un árbol cogiendo cerezas y sujetándole con las garras y con el pico lo lleva por los aires. Ganimedes, perenne indefenso y aterrado—hay signos indudables y graciosos de ese terror en el cuadro—mientras sostiene todavía en una de las manos un puñado de cerezas. Los vigorosos claros del cuerpecillo desnudo y los oscuros del águila y de las nubes, acusan esos inconfundibles contrastes del gran artista holandés.

Pero hay una mujer humilde que no podría contemplar este cuadro sin sentir una honda amargura. Es la mujer de un labrador. Ella ignora seguramente la mitología, pero ignora que existió Rembrandt y, de su vientre salió el niño que, doscientos setenta y ocho años después, había de pintar Rembrandt; su *Rapto de Ganimedes*, repitió la actitud desesperada y trágica en los aires.

En Eihlog, una aldea tirolesa, el labrador Andreix, mientras trabajaba en el campo, acostó a un niño de cuatro años, hijo suyo, al pie de un árbol. Andreix se alejó unos instantes de su hijo y cuando volvió ya no lo encontró.

Puso en movimiento a todos sus compañeros, se avisó a la policía de un pueblo próximo. Todo el día duraron las pesquisas...

Y al anochecer unos vagabundos dijeron que habían visto volar un águila con el niño entre las garras...

El baile de las crinolinas

La duquesa de Gramont acaba de atraer la voluble atención del París mundano con su «baile de las crinolinas».

Este baile ha sido un acontecimiento. Todas las damas de los barrios elegantes y aristocráticos, estas damas que confían, un poco frívolamente, en la restauración del Imperio y que consideran *Le Gaulois* y las novelas de León Daudet la más pura literatura contemporánea, han asistido a ese baile, vestidas con las faldas pomposas de nuestras abuelas.

Ha sido una dulce y sentimental evocación del segundo imperio francés. Refugiadas en el palacio de la duquesa de Gramont eran como retratos de Alfredo Stevens—el admirable autor de *La femme au chien* y de *La femme en vert*—como loretas y grisetas de Constantin Guys y de Gavarni; como pálidas heroínas de Musset, picarescas *Mimis* de Mürger ó románticas burguesitas de Georges Sand.

Descendían de los cuadros, abandonaban los cuadernos de dibujos y los álbumes familiares de esas fotografías descoloridas que un fino filete rojo encuadra...

Sus manos blancas alhucan tules y muselinas, enderezan las guirnalda de los corpiños, y colocan sobre sus rizos las flores de renacida lozanía. Luego danzaron bailes que parecían dormidos para siempre en los viejos claves, y ante los espejos de hoy y bajo las lámparas eléctricas, adquirían inconscientemente las mismas actitudes de otro tiempo, ante los redondos espejos dorados de las consolas y debajo de las arañas de cristal con cientos de velas encendidas.

Una extraña melancolía nos invade contemplando estos retratos de mujeres que, siendo contemporáneas, parecen muertas, hace ya muchos años. Evocan los retratos de Madrazo, las caricaturas de Ortego, las fotografías de Fernando Debas, la silueta simpática de aquella reina Isabel II tan española...

Será romanticismo; sensiblerías, si que-



EL RAPTO DE GANIMEDES
Célebre cuadro de Rembrandt que se conserva en el Museo de Cassel

reis; pero me agradaría que esta moda de la crinolina derrotara a las actuales de un orientalismo obscuro ó ridículo. Sería, entonces, como si el alma de nuestras madres, de nuestras abuelas reencarnase en las mujeres que ahora perfuman de ilusión nuestra vida. Sería como si las viejas tradiciones del honor y del hogar y del sano amor fecundo y noble continuaran moldeando nuestra raza...

La moda sonríe...

La moda tiene alma de mujer perversa y caprichosa. Sonríe del ridículo ajeno y se complace en falsear las bellezas ingenuas, los impulsos sencillos y naturales, en trastocar y hacer ilógicas las cosas lógicas, ve, con malsano placer, cómo los pobres polichinelas humanos siguen sus indicaciones y se resignan a lo absurdo y a lo grotesco.

Ved dos nuevos motivos para que la moda sonría. Las mujeres adoptan la capa hombruna y los hombre fijan en sus sombreros femeninos



EL BAILE DE LAS CRINOLINAS
La condesa Jean de Lubersac, que reconstruyó admirablemente el famoso cuadro de Carolus-Duran "La Femme au gant"

penachos. Es el desquite de esa mala hembra pervertida, histérica, enferma de civilización. No pudo imponer los pantalones a las mujeres y quiere obligar a los hombres a que se prendan blancos penachos sobre el obscuro flexible ó el frívolo *canotier*.

No importa que el audaz londinense que ha paseado por Hyde-Park, esta afeminada extravagancia, excite las burlas de la *girl* de cabellos de lino y ojos de traslúcido zafiro, no importa que los verdaderos *gentlemen* enrojeciesen de cólera. La moda acaso acabe por triunfar una vez más.

Tiene en sus manos, como la «Conchita» de Pierre Louys, demasiado sujetos los hilos del *pantín* humano. Por de pronto ya hizo perder a los hombres la capa en las manos de las mujeres... sin indignarlas como indignara este abandono a la mujer bíblica del episodio voluptuoso.

Al contrario. Las mujeres de hoy se envuelven en nuestras capas y están más bonitas y más gallardamente dominadoras, con actitud de arrogancia, que no puede adoptar el árbitro londinense.

Claro es que podríamos asombrarnos un poco del contrasentido de los escotes en invierno y de las capas en verano; pero tal vez estas capas sirvan para tapar las arbitrarias y antiestéticas indumentarias femeninas. Nada tan desconsolador como ese número extraordinario de *The Illustrated London News*, consagrado a la mujer y a la moda. Hojeando esas páginas de la ilustración inglesa, se ve que nunca en ningún siglo fué tan enemiga la moda de los encantos femeninos como lo es ahora.

El niño que no quiso esperar

Otro episodio de un niño que se hunde en la muerte. Pero éste voluntariamente, sin que a través del tiempo parezca asomar el poder de los símbolos paganos.

No aconsejaría yo este suceso a los que fundan bibliotecas de «Juventud», ni a los escritores que aceptan la bondadosa tarea de envolver la vida a los ojos infantiles con rosadas quimeras. Acaso Jules Renard hubiera podido escribir este cuento. Porque Jules Renard debió sentir más de una vez en su infancia, tan cruel y dolorosa, el deseo de descansar para siempre...

En Londres se ha suicidado un niño de trece años. Era sordo-mudo. El mundo no existió para él más que visualmente y aprendió a dibujar como un consuelo y como un medio de expresar lo que avanzaba a pasos táctiles en el silencio de su alma, lo que florecía de malsanos tallos en la sombra de su jardín interior.

El quiso ser artista, sustraerse al contacto de un mundo real que no habría de tener para su ser incompleto, sino quizá crueles desilusiones; quiso refugiarse en ese mundo superior de la idea y del sentimiento, sólo accesible para las almas de elección. Pero sus ruegos y sus lágrimas eran desatendidos.

La familia del futuro suicida se encogía de hombros, ante su carácter huraño y sombrío, sin comprenderle. Quizá, y en algún momento, alguien, la madre, volvía la cabeza asustada, para no ver la mirada angustiada, penetrante, del niño que le gritaba sin voz, a la vida, preguntándole un secreto que no podía oír.

Pero, acaso la vida le contestara. Le hablaría de su infelicidad venidera, apartada de los amores ajenos, de las ajenas gallardías varoniles, de la imaginada dulzura en las voces de sus hermanas, de la madre, de la novia imposible para él.

Después de esta contestación, que tenía el veneno de un aforismo de Schopenhauer, el niño tuvo la valentía de ser cobarde ante el misterio próximo.

Entre el silencio y la sombra, eligió la sombra.

Y mientras tanto, en un pueblo francés, en Saint-Michel, se casaban dos sordos-mudos.

Sordos-mudos eran las padrinos y los testigos, y los invitados—hasta el número de 17—que asistieron a la ceremonia...

José FRANCÉS



EL PALACIO MUERTO

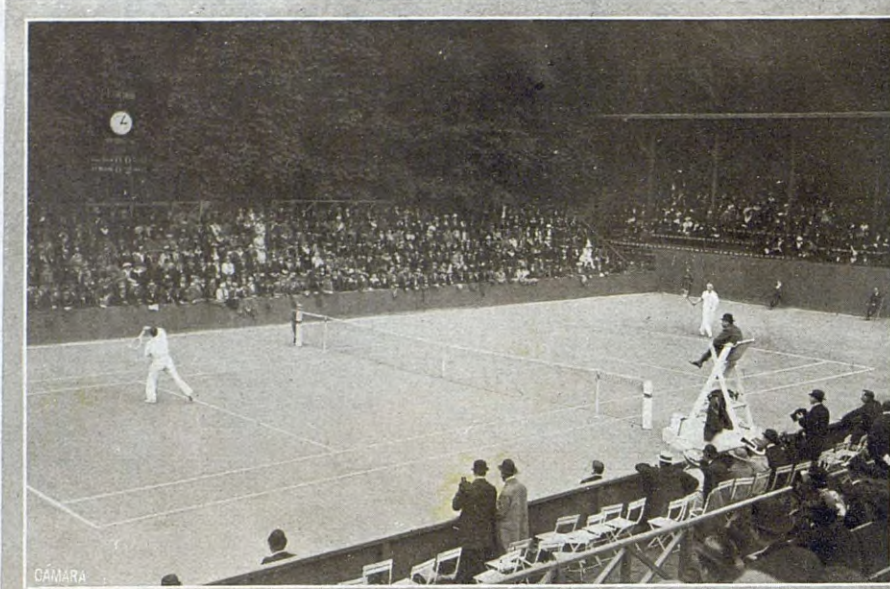
Viejo palacio al lado de la muerta laguna,
gótica maravilla de un encaje sutil,
bajo la plata mística de este claro de luna,
pareces un ensueño de marfil.
Del agua verdinegra y estática del lago
asciende á tus balcones el mustio jaramago.
En tus palacios de armas, sueña mi fantasía
de los áureos clarines el marcial alarido,
de espadas y rodela la recia algarabía...
todo vago, como un fantasma de sonido.
En las salas antiguas donde blanca princesa
filigranaba exvotos, junto al amplio balcón,
hoy tejen las arañas sus telares, y pesa
un silencio de siglos sobre el noble salón.
No cruzan las palomas los jardines reales,
ni desgrana la fuente su surtidor de plata,
ni los cisnes, nevados esquifes ideales,
picotean las manos de una rubia azafata.
Ya no hay lentos minuets, ni galanas pavanas,
está cerrado el clave que acordó los minuets

mientras los rimadores, pulidos y discretos,
celebraban las locas bellezas cortesanas
con floridos rondeles y rendidos sonetos.
¿Dónde fueron las pompas de los bailes de trajes,
los perfumes, las rosas, las perlas, los encajes,
el cenador propicio á la amable aventura,
el sutil discreto y el huido epigrama,
y el pañuelo que deja caer alguna dama,
que es señal de una cita de amor en la espesura?
¡Viejo alcázar dormido á la luz de la luna,
que nos cuentas los fastos de tu muerta fortuna!
¡Oh, postigo secreto, oh, poterna inquietante
que evoca la memoria del príncipe galante!
de aquel rey amador, sediento de placeres,
que soñaba en los brazos de todas las mujeres,
que entornaban los ojos encendidos de amor
bajo de su mostacho blanco y conquistador.
¡Oh, buen rey, tejedor de amores y quimeras,
el del talle galán y las hondas ojeras,
que dejó cien leyendas de su breve reinado

y se murió muy mozo porque amó demasiado!
¡Dorados camarines
de aquella reina joven! Misteriosos jardines
lentos antes de risas, de besos y canciones
que en las noches alegres de locas mascaradas
vieron vagar pulidas pelucas empolvadas
y oyeron los refranes de los rojos bufones.
De aquel fasto triunfante, de tanta galanía
sólo queda un ensueño de vaga poesía.
¡Príncipes y bufones, damas y cortesanos,
tan regio poderío, tan soberbia hermosura,
son hace muchos lustros bajo la tierra dura
festín de los gusanos!
¡Viejo palacio, al lado de la muerta laguna,
gótica maravilla de un encaje sutil,
bajo la plata mística de este claro de luna
pareces un ensueño de marfil!

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE ECHEA



Mr. Germont y M. Decugis (pareja) y Miss Lengley y Miss Ryan (pareja) que han ganado el campeonato del mundo en los partidos de tennis de Saint-Cloud. :: Detalle del partido que presenci6 numeroso p6blico

FOTS. ROL VIDAL

CRÓNICA MUNDIAL DE DEPORTES

El ciclismo ya no tiene bastante con haber invadido la tierra. Ahora aspira á dominar las aguas, y he ahí la bicicleta náutica haciendo su aparición en el lago de Enghien, de París, y efectuando brillantísimas pruebas en un concurso favorecido nada menos que por treinta ciclistas acuáticos. Presentáronse siete categorías de máquinas, con diversos sistemas de propulsión, de cuya eficacia juzgaba un tribunal técnico compuesto de in-



genieros y constructores. El premio del concurso lo alcanzó una bicicleta que hubo de realizar la velocidad media de treinta y tres kilómetros por hora, lo que supone una verdadera proeza de la industria moderna y hace predecir un éxito al nuevo elemento de transporte. Dos de las fotografías adjuntas registran ese acontecimiento deportivo, presenciado por numerosísimo público en el que predominaban los fervientes del pedaleo.

Detalle del partido de "polo" celebrado en Londres para conceder el campeonato del mundo y del cual se verificarán en Madrid las pruebas eliminatorias



Concurso de ciclismo acuático celebrado en el lago de Enghien (París)

FOTS. HUGELMANN

FIESTA RELIGIOSA EN LA GRANJA



Detalle de la procesión de la Octava del Corpus celebrada el jueves 18 del actual en los jardines de la Granja, presidida por S. M. el Rey. En nuestra fotografía se ve á Don Alfonso arrodillado ante el Santísimo y á la Reina Doña Victoria, con sus augustos hijos, en uno de los balcones de Palacio

FOT. CAMPÚA



RINCONES DEL ALBAIZIN

FOT. DE MARTÍNEZ RIOBÓO

LA CRUZ DE LA RAUDA

HACE algunos cientos de años, en este mismo paraje existía un cementerio de moros. Allí fueron enterrados tal vez muchos de aquellos musulmanes nacidos en Baeza, que, cuando los expulsó de su patria Fernando el Santo, vinieron a habitar este *Rabad-el-bayyazín*, para colonizarle amorosamente.

Envueltos en chales y cachemiras, dentro del ataúd, fueron camino del eterno reposo. Un grupo de harapientos mendigos precedía a la comitiva fúnebre, salmodiando con dolorida voz versículos del Corán. Los parientes y amigos del difunto iban detrás, seguidos de las plañideras. Nubes de resplandeciente blancura, flotaban en el cielo, derivando luego hacia Sierra Elvira ó Sierra Nevada. El aire y el silencio ardían como brasas, tenían brillante quietud de algibe. El Albaicín—que sube para extasiarse frente a los rojos torreones de la Alhambra—era entonces un barrio activo, industrial, con zumbido de columna en sus talleres y reposo de mezquita en sus jardines floridos, donde el agua y el sol iban tejiendo el polícromo tapiz de la vida.

El cadáver del moro era primeramente depositado en la mezquita de Arrauda y conducido luego al cementerio. Una vez allí, bajo la media naranja azul del cielo y el caprichoso y cambiante artesonado de las nubes, el difunto quedaba en-

terrado. Alguna mano femenina tornaba el rostro del muerto, hacia la Meca. Después, sobre la piedra sepulcral, amontonaba esas flores de Granada que extienden por el aire su intenso perfume con voluptuosidades de caricia.

Hoy, de este melancólico rincón, sólo vive su melancolía. Desapareció el cementerio; en el recinto que ocupaba la mezquita de Arrauda levántase una iglesia cristiana; los moros de Baeza huyeron expulsados, y el Albaicín árabe comenzó a decaer bajo el más triste y lamentable de los ocasos históricos.

La Cruz de la Rauda, gótica-mudéjar, fué erigida en el siglo xvi. Es uno de tantos vestigios que los católicos conquistadores dejaron en estas alturas pintorescamente morunas. Nada recuerda el cementerio que allí existió.

Sin embargo, por el lugar eminente que ocupa la cruz, por el remanso que abre en el tortuoso barrio, tan característico todavía, este paraje difunde cierta honda poesía romántica.

De noche, la misma luna que antaño se reflejara en la alberca del patio de los Arrayanes, vierte sobre tan señero rincón su blancura de nardo. Un farolillo de aceite ilumina el rostro acongojado de la Virgen. Los árboles cercanos

susurran cásidas ó plegarias, frases rotas de dolor ó confusas palabras de fe. Y abajo, depenándose hacia el Dauro, humilde hoy, sucio y decrepito, el Albaicín reposa, con tantas flores como antaño en sus patios, pero algo enojado quizás por el deber inexcusable de padecer restauradores necios, de elegir concejales y de pedir limosna en inglés.

Durante el día, el panorama—risueño, alegre—sigue siendo incomparable. Los nopales y las piteras, los cipreses y los pinos, los granados y las higueras, infunden al pintoresco barrio un carácter amable, brío y fecundidad de buena moza.

Desde esta plazoleta, á pesar de la cruz, el alma se abre gozosamente á la vida, como una magnolia. Aunque el paraje haya padecido mudanzas esenciales, algo no ha cambiado, parece que no ha cambiado. Lo mismo que antes de la Reconquista, la media naranja celeste que cubre á Granada la bella, continúa siendo azul, y de artesonarla encantadoramente prosiguen encargadas las nubes que van y vienen desde Sierra Nevada á Sierra Elvira. ¡Cielo azul, que no han logrado empalidecer nunca los restauradores, los conquistadores y los turistas!

E. RAMÍREZ ANGEL

LA ESFERA
LA COMUNIÓN DE UN INFANTE



El infantito Luis Alfonso, hijo de D. Fernando de Baviera y de la malograda infanta doña María Teresa de Borbón, retratado en los jardines de su palacio después de haber recibido la primera Comunión

La ceremonia se verificó el día 19 del actual, sirviéndose el augusto niño de la misma vela que usó su padre cuando tomó este sagrado Sacramento en Baviera FOT. CAMPÚA

NOTAS DE SOCIEDAD

Dos bodas aristocráticas
:: y una fiesta de caridad ::



La Srta. Ana Fernández de Liencres y el marqués de Villabragima, hijo de los condes de Romanones, cuya boda se verificó en Madrid el día 18 del actual



La Srta. Ursula Gasset, hija del ex ministro D. Rafael, y D. Manuel Sañudo, que contrajeron matrimonio, en la iglesia de la Concepción, de Madrid, el día 17 del actual

En la elegante residencia de la señora doña Candelaria Ruiz del Arbol, se verificó el día 22 una interesante fiesta artística, con carácter benéfico. Organizador de la misma fué el reputado maestro concertador Sr. Tolosa, actuando algunos de sus discípulos. Cantáronse varios números de *Geisha* por las preciosas señoritas Jaén, Cortés, Ruiz Jiménez, Medina, Sánchez Heros y Güa. La señorita Lola Medina cantó la conocida y bellísima romanza de dicha opereta inglesa. Distinguiéronse especialmente, además de las citadas, la señorita Ruiz Jiménez, en un precioso morrión, y las señoritas Vila, Romano Cortés y Díaz Agero. La agradable velada terminó con una sesión de prestidigitación por el señor Jaén.

Dos bodas aristocráticas se han celebrado durante



Bellas y distinguidas señoritas, que cantaron varios números de "La Geisha" en una fiesta benéfica organizada por el maestro Tolosa en casa de la señora de Ruiz del Arbol

FOT. SALAZAR

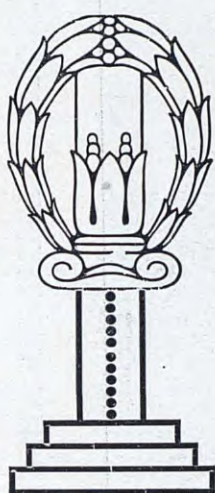
la semana que acaba de transcurrir. Fué una de ellas la de la bella señorita Ursula Gasset, hija del ex ministro don Rafael, con el abogado D. Manuel Alonso Sañudo. Bendijo la unión el Padre Luis Calpena, y fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia.

Otra boda en la alta sociedad madrileña, fué la de la lindísima señorita Ana Fernández de Liencres, con el señor don Alvaro Figueroa y Alonso Marín, marqués de Villabragima. Actuaron de padrinos, por la novia el duque de la Seo de Urgel, que vestía, como el contrayente, uniforme de maestrante, y por el novio el duque de Tovar. A la ceremonia nupcial concurrió lo más florido de la buena sociedad madrileña. De estos acontecimientos aristocráticos insertamos la oportuna nota en esta página.

Th. Schneider



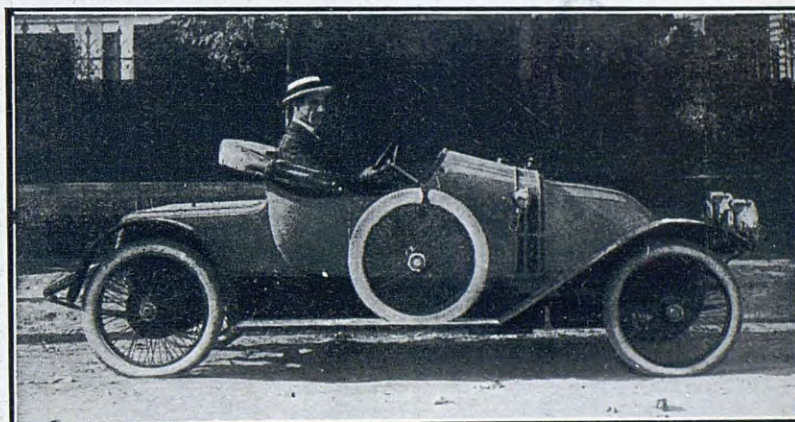
(1) 11 HP., 82 X 140, con 1.808 kilos, con ocho asientos, gana Medalla de Oro en el Concurso de Navacerrada. — (2) 12 HP., 75 X 130, con 1.437 kilos sube al puerto de Guadarrama en doce minutos cincuenta segundos y el de Navacerrada en 25 minutos. — (3) 26 HP., tipo "SPORT", 96 X 190, con 1.572 kilogramos subió en el Concurso de Navacerrada en diez y seis minutos seis segundos; 5.º de la clasificación general. Sube a Guadarrama en cuatro minutos, cincuenta y ocho segundos.



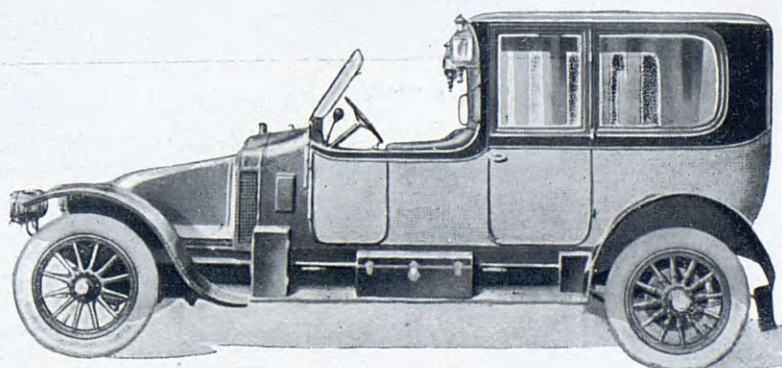
Una entrega de automóviles "BENZ" en Madrid, á varios propietarios de Jabugo



N.A.G.
A.E.G.-THOMSON HOUSTON IBERICA
S.A. OFICINAS CALLE DEL PRADO 20
- MADRID -



Automóviles CHARRON LIMITED
Salón de Exposición y Venta: ALCALÁ, 62



SANTOS HERMANOS, Arenal, 22
Automóviles y accesorios para los mismos
BICICLETAS CLEMENT :: TALLER DE REPARACIONES



Automóviles Renault

Proveedor de la Real Casa

TALLERES Y GARAGE:
AVENIDA PLAZA TOROS, 9

SALÓN DE EXPOSICIÓN:
ARENAL, 23, MADRID

MAYOR, núm. 18, entlos.

“KOK”

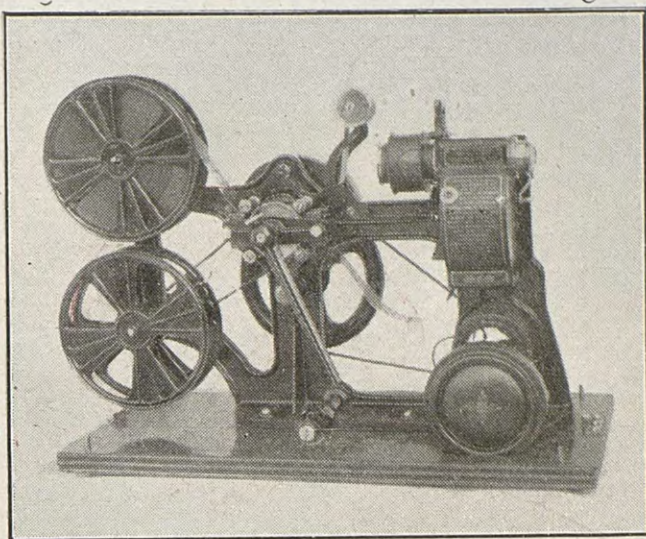
La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un cinematógrafo

“KOK” PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA
EL MÁS ENTRETENIDO

EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de

gran calor, para el jardín



Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por

lo reducidos

Películas ininflamables de asuntos interesantísimos y variados

ALQUILERES
Y ABONOS
DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR “PRENSA GRÁFICA S. A.”

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

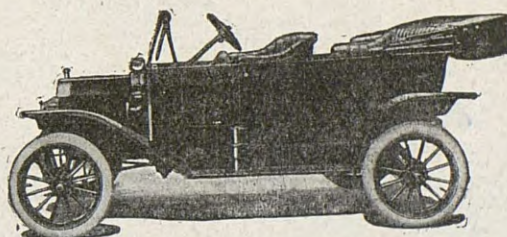
Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de “Prensa Gráfica”, Hermosilla, 57, Madrid □ Apartado de Correos, 571 □ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun □ Teléfono, 968 : : :



La fábrica de Automóviles
:: más grande del mundo ::

MÁS DE 500.000 EN CIRCULACIÓN

SIMPLE □ LIGERO □ ECONÓMICO □ SÓLIDO



AGENTES EN TODA ESPAÑA

Pídanse catálogo “F” y detalles á

Ford Motor Company

61, Rue de Corneille, LEVALLOIS - PERRET (Seine) Francia

KÂULAK

FOTÓGRAFO

4, ALCALÁ, 4

Para toda la publicidad extranjera en esta Revista, dirigirse á la

AGENCIA HAVAS

PARIS, 8, Place de la Bourse.-LONDON E. C., 113, Cheapside

MADRID, Puerta del Sol, 6

PERFUMERIA
FLORALIA
FABRICANTES MADRID



BARTOL

El Jabon **Flores del Campo**

Supera al mejor extranjero

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res/137